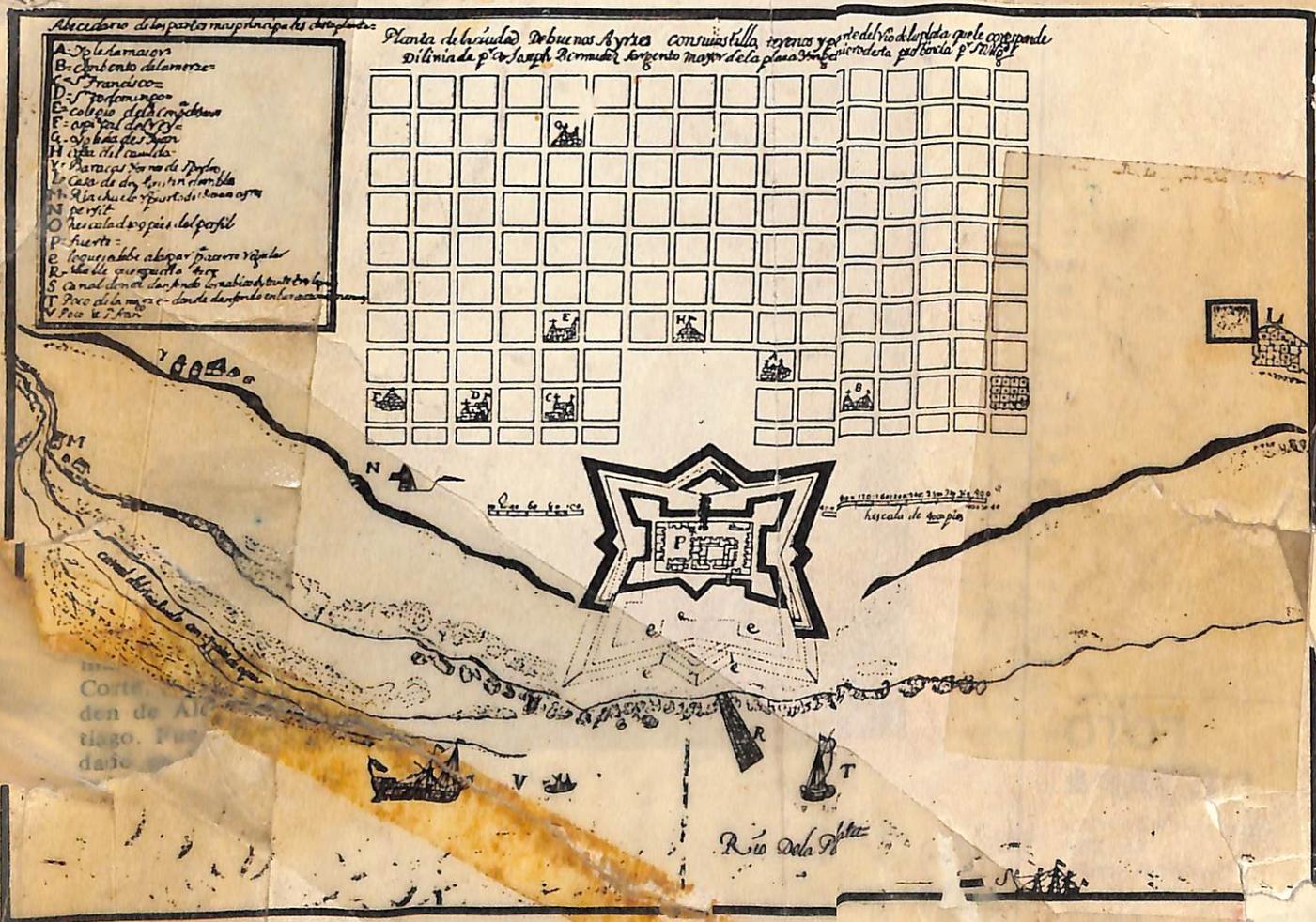


BUENOS AIRES

nos cuenta

F. 2. 102



LA HISTORIA
DE UN LARGO
TIEMPO
EL ALTO DE
SAN PEDRO
PATIOS Y
PULPERÍAS

SAN
TELMO

LA PRIMERA
BUENOS AIRS
HOSPITAL D
SEÑOR SAN
MARTIN
PUENTECITO
LUJAN

SAN TELMO

EN ESTE
NUMERO

LA HISTORIA DE UN LARGO TIEMPO



A CARMELITA, MAMÁ.

FOTO DE TAPA

Plano de José Bermúdez
Año 1708
Los hornos de ladrillos
parecen señalados con
la letra Y.

Editorial ELIEL

Directora: Elisa Casella de Calderón

Registro de la Propiedad Intelectual: N° 161071

Dirección: José Hernández 1889, piso 19 - Tel. 782-8938

Producción Gráfica: DEG (Diseñar, Estudio Gráfico) - Tel. 47-5861

Impresión: CPC Impresores - Paso 192, Avellaneda.

1ª Edición - Diciembre 1982

2ª Edición - Abril 1984

3ª Edición - Marzo 1985

EL MONUMENTO AL ADELANTADO

Ubiquémonos en la esquina de Av. Brasil y Defensa.

Delante nuestro se halla el monumento al Adelantado don Pedro de Mendoza. Es una obra que pertenece al escultor argentino Juan Carlos Oliva Navarro. Fue inaugurado en el año 1936 en celebración del Cuarto Centenario del primer asiento español en estas costas del Río de la Plata. Siguiendo a Oscar Félix Haedo digamos que es un monumento-fuente de escuela clásica. Es un conjunto arquitectónico con elementos rectangulares que enmarcan la figura en bronce de Pedro de Mendoza que se encuentra en el medio representado de pie.

Pero, ¿quién fue el Adelantado don Pedro de Mendoza?

Había nacido en Guadix, a orillas del río que corre al pie de Sierra Nevada, el pueblito que había sido formado catorce siglos atrás por los romanos como Fuerte de Acci, cerca de Granada. Había tenido muy buena instrucción lo que sumado a la hidalga prosapia de su familia, le otorgaba prestigio en la Corte. Era nieto del Marqués de Santillana, que había dado gloria a las letras castellanas y de quien recordamos aquel romance que se inicia diciendo:

*Moça tan fermosa
non vi en la frontera
como la vaquera,
de la Finojosa.*

De la misma edad que Carlos V de Alemania y I de España, pasó a integrar su Corte. En 1524 entró a pertenecer a la Orden de Alcántara y más tarde a la de Santiago. Fue militar afortunado. Siendo soldado en Italia se decía que se había enriquecido en el saqueo de Roma -"saco de Roma"- con tesoros de cardenales y basílicas. Por eso Enrique Larreta dice en "Las dos fundaciones de Buenos Aires": "Sus cofres sacrílegos huelen a incienso..."

Tuvo prestigio e influencia en la Corte del Emperador y Carlos V decidió encomendarle la expedición al Río de la Plata con el propósito de neutralizar los reiterados atropellos de los portugueses en estas latitudes. La zona ya había sido recorrida por Gaboto, por Vespucio, Solís y Magallanes.

El Rey lo nombró "Adelantado del Río de la Plata", no para que explorara solamente sino para poblar y defender lo ya descubierto y, sobre todo, para impedir que los portugueses llegaran desde el Brasil a las minas del Alto Perú y alcanzaran la Sierra de la Plata, donde "brotaba el metal". El Adelantazgo había sido institucionalizado en la guerra contra los moros. Era

un título que se daba al Caballero o Señor Feudal que se "adelantaba" al ejército real y ampliaba las fronteras del reino tomando tierra a los moros.

Mendoza invirtió en la empresa todo lo que tenía: 40.000 ducados de oro o maravedíes. Alistó en Sevilla once barcos y partió el 24 de agosto de 1535 de San Lúcar -o San Lucas- de Barrameda, diminuto puerto sobre el Guadalquivir o "Río Grande" según la significación en árabe.

La expedición partió con gran boato y numerosa en hombres; para unos historiadores fueron 958; para otros, tantos como 1.500 y algunos afirman que fueron 1.700 entre los que se contaban diez eclesiásticos y treinta y dos mayorazgos... ¿O fueron 2.600 los hombres, como dice Schmidel...?

Carlos V era un emperador en cuyos dominios "nunca se ponía el sol", por eso no debe extrañarnos que entre los reclutados figuren españoles, alemanes, portugueses, neerlandeses, italianos, griegos, flamencos. Todos habían sido armados. En cada uno de ellos bullía un sueño de oro... También venían unas cuantas mujeres. Las había honestas y fieles a sus maridos y también "enamoradas", como las llamaban entonces a "las otras"... La expedición embarcó cien caballos de los que llegaron vivos setenta y dos.

Así, la armada compuesta por once naves, contaba con los galeones "Santantón", de 200 toneladas; "Trinidad", de 120; "Anunciada", de 80. Tres carabelas: "Santa Catalina", "Concepción" y "La Magdalena". Además, un "pátax" -o pataché- y cuatro embarcaciones menores. Sobre el número de las naves que componían la armada, también hay datos historiográficos que ascienden el número a diez y seis de los que sólo llegaron catorce al Río de Solís. La nave capitana era "La Magdalena".

Mendoza venía enfermo. Había contraído la enfermedad durante el tristemente célebre "saco di Roma", en la lucha entre Carlos V y el Papa en los años 1527 y 1528. Tenía 27 años. El mal era incurable entonces. Había aparecido en Europa en el siglo XV. Se lo llamaba "Syphilis" porque el poeta veronés Girolamo Fracastor describió los síntomas de la dolencia en un poema denominado "Syphilis sive morbis Gallicus", cuyo personaje Syphilis fue castigado con la terrible enfermedad por blasfemar contra Apolo.

Mendoza llegó al Río de la Plata después de casi cinco meses de navegación. Fondeó en la isla de San Gabriel, recorrió la ribera derecha del río y vio una región esencialmente llana, de vegetación arbusti-

va y dispersos montes. Esa llanura tenía cada tanto un arroyo que vertía sus aguas en el río y, también cada tanto, elevaciones en el terreno que consideró como las más indicadas para el asentamiento. Reiterando que penetró al río recorriendo la margen derecha bordeando la costa desde el hoy Cabo San Antonio, el primer punto alto que encontró fue donde actualmente se halla el Parque Lezama y donde se ha emplazado su monumento. A partir de allí, hacia el norte, se van sucediendo otros "altos" a intervalos de dos a diez kilómetros y que no exceden la altura de veinte metros y algunos 25 metros. Es indudable que esas lomadas naturales atrajeron a los navegantes porque —de acuerdo a las Capitulaciones, firmadas en España— las ciudades debían edificarse en lugares elevados.

Si en los datos sobre el número de hombres que vinieron en la expedición no concuerdan los historiadores, así como tampoco en el número de las embarcaciones que constituyeron la armada, también son contradictorios respecto al lugar en que Mendoza levantó el Real. Se sabe que penetró en lo que él llamó "Riachuelo de los Navíos" —donde hoy se levantan los cuatro diques del Puerto Madero— y según Ruy Díaz de Guzmán, en su obra "La Argentina", dejó "los navíos de más porte en aquel puerto con la guardia necesaria y se fue con los restantes a Buenos Aires, metiendo los más pequeños en el Riachuelo, del cual media legua arriba fundó la población".

Esa expresión —"media legua arriba"— podía significar que era remontado el Riachuelo, lo cual llevaría a que el lugar de la fundación sería la Vuelta de Rocha. Es la tesis sostenida por Paul Groussac, quien estableció que el lugar era sobre la Av. Almirante Brown, antes de llegar a la Vuelta de Rocha, entre Mendoza, Palos y Lamadrid, sobre la margen izquierda del Riachuelo. Pero tengamos en cuenta que la formación de la costa no era entonces como la actual: existía un canal que corría junto a la ribera, luego se sedimentó y recién entonces se conformó la Vuelta de Rocha. Con posterioridad Manuel Ozores —año 1608— da a conocer un plano de la situación de Buenos Aires que confirma lo expuesto.

La otra tesis es la que establece que los navíos habían anclado en la actual Vuelta de Rocha y que, por lo tanto, "media legua más arriba" estaría dado por lo que después se llamó "Alto de San Pedro". Es la tesis sostenida por el historiador Enrique de Gandía, quien ubica como el primer lugar de la fundación de Buenos Aires en la Plaza Dorrego o en la manzana comprendida por Av. San Juan, Humberto I, Defensa y Balcarce, o sea donde hoy se levanta la Iglesia de San Pedro González Telmo.

Podemos citar como tesis respetable la del R. P. Guillermo Furlong S. J., que difiere de las anteriores. Ubica esa primera fundación en la "Meseta de las Carretas", en el actual barrio "Parque Patricios" y, con mayor precisión, donde se encuentra el Hospital Policial B. Churrucá.

DEMOSTRACION

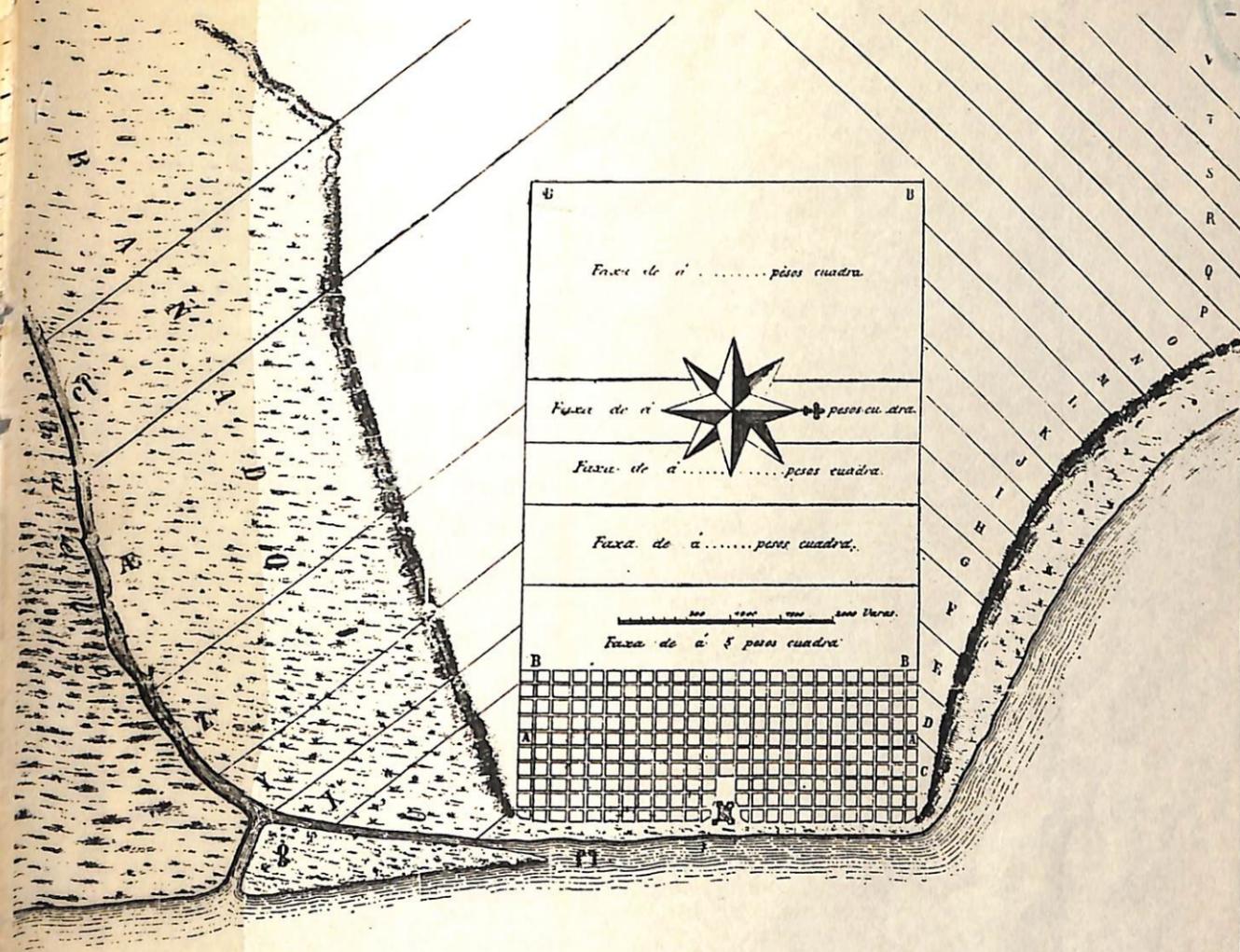
LA CIUDAD DE BUENOS AIRES,
SITUADA EN LA COSTA OCCIDENTAL DEL RIO DE
LA PLATA, SEGUN LA DISTRIBUCION DE
TERRENOS QUE HICIERON SUS
PRIMEROS POBLADORES

- A Planta de la Ciudad.
- B Exido de idem.
- C Terreno de Luis Gaitan.
- D Id. de Pedro Alvarez Gaytan.
- E Id. de Diego de Irala.
- F Id. del Sr. General.
- G Id. del Alcalde Rodrigo Ortiz.
- H Id. de Miguel Lope Madera.
- I Id. de Miguel Gomez.
- J Id. de Gerónimo Perez.
- K Id. de Juan Basualdo.
- L Id. de Diego de la Barrieta.
- M Id. de Victor Gasco.
- N Id. de Pedro Luis.
- O Id. de Pedro Fernandez.
- P Id. de Antonio Gomez.
- Q Id. de Estevan Alegre.
- R Id. de Pedro Isarra.
- S Id. de J. Fernandez de Zarate.
- T Id. de Baltasar Carabajal.
- U Id. de Antonio Belmudes.
- V Id. de D^a Maria Basurco.
- X Id. de Montaner.
- Y Id. de Santo Domingo.
- Z Id. de los Belermitas.
- A Id. de la Sr^a Presidenta.
- Ci Id. de San Francisco.
- 8 Entrada del Riachuelo.
- I Boca del Traginista.
- Jose de Sayas.

MANUEL OZORES.

NOTA.— El rumbo que se le dió al exido fué el de Norte á Sur siguiendo el de las calles de la Ciudad, segun está constante de la diligencia que se practicó en 16 de Diciembre de 1608, con asistencia del Governador D. Hernando Arias de Saavedra y varios capitulares, la que, se halla copiada al principio del L^o de Acuerdos que empezó en 1^o de Enero de 1741.

Se ad...
á Suduest...
de la Ciudad...
largamente...
del exido...
de esta ciudad



cierte: Que despues de muchos años de haverse fundado esta Ciudad, se establecieron los rumbos para las suertes de chacras y estancias, y son: Nordeste, Noroeste á Suest. Y la planta de la Ciudad devaxo de la direccion de Norte á Sur, y Leste á Oeste, y por consiguiente siguiendo estos rumbos la planta d deve de seguirlos tambien su exido, por determina se así en una mensura que se practico el siglo pasado y muchas en el que estamos, como mas consta ce un Plano que anos pasados he visto en casa del finado don Jose Custodio y hera el mismo que se levantó en la primer mensura que se hizo con arreglo á aquel original saque este testimonio, y por Acuerdo de 5 de septiembre de 1792 mandaron los Señores de la Junta Municipal de Praga, ad entregase el que presento á dicha Junta. Buenos Aires 2 de octubre de 1792.

Otros historiadores ubican la fundación de la ciudad en la hoy plaza San Martín y, más recientemente, Federico B. Kirbus indica que fue en Escobar...

Desarrollar, aunque sea en resumen, la esencia de estas tesis llevaría un espacio del que no disponemos y que escapa al espíritu de este trabajo. Sólo —a título informativo— nos hemos referido a los distintos criterios y el respeto que ellos merecen y por más que abundemos, siempre resultaría insuficiente el tratarlos aquí.

Lo más aceptado con carácter histórico es el ubicar a la fundación de la primera Buenos Aires en el "Alto de San Pedro". Las divergencias pueden suscitarse si ello ha sido donde hoy se encuentra la Iglesia de San Pedro González Telmo o en el Parque de Lezama que se llamó entonces "Punta de Santa Catalina"; los dos lugares en el barrio "San Telmo".

Lo cierto es que el día 3 de febrero de 1536 —día de San Blas— se inauguró o se

fundó aquel minúsculo asiento fortificado no mayor de una manzana, en cuyo centro se construyó la casa del Adelantado, un poco más elevada del resto de las "casuchas" de barro; todas tenían techo de junco o totora. Sólo en su interior se distinguía de las otras la casa de Mendoza, por cierto lujo de indumentes, pues tenía cama con pabellón, fina vajilla y el estandarte de la Orden de Santiago.

Toda la conquista se hacía a nombre del Rey de España pero, también, a nombre de la Fe. Por ello, los sacerdotes que venían en la expedición, prontamente levantaron un recinto, de características semejantes a las casas de barro para los pobladores, y que destinaron a la iglesia. Allí, según Pedro Hernández, ofició misa el R. P. Juan Gabriel de Lescano. Al respecto puede verse en el Museo Histórico Nacional el cuadro del pintor José Bouchet, que reproduce la escena de la primera misa. El R. P. Furlong, en su trabajo "Las primeras misas

y los primeros sagrarios en tierra argentina" se ajusta a lo investigado por Eduardo Madero —con documentos a la vista— en la obra "Historia del Puerto de Buenos Aires" y dice que los eclesiásticos que llegaron con Mendoza fueron: "Fray Luis de Cerezuolo, Fray Isidro... Fray Cristóbal... los Pbro. Francisco de Andrada, Juan de Santander, Julián Carrasco, Luis de Miranda, Juan de Salazar y Francisco de la Fuente, el racionero Gabriel de Lescano y el licenciado Cristóbal Pacheco. No parece que fuera eclesiástico Hernando de Zamora, pero parece haberlo sido el bachiller Martín de Armencia. Fray Isidro y Fray Cristóbal eran franciscanos; Fray Luis era jerónimo. El Pbro. Francisco de la Fuente venía en calidad de notario apostólico". En cuanto a Julián Carrasco, a quien algunos historiadores consideran como el párroco que ofició por primera vez en Buenos Aires, lo hizo según nombramiento del Teniente Gobernador Ruiz Galán en 1538.

La boca del Riachuelo se empezaba a formar aproximadamente a la altura de la calle Humberto I. Allí estaba la Aduana.

A.G.N.

Más recientemente el historiador Julio A. Luqui Lagleyze en "Las iglesias de la Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires" (1536-1810), dice textualmente: "Con Mendoza vinieron seis frailes regulares y once seculares. Dos mercedarios: Fray Luis de Salazar y Fray Juan de Almacián; cuatro jerónimos: Fray Luis de Herrezuelo, Fray Isidro de Castro, Fray Alonso Bautista de Medina y Fray Cristóbal Rodríguez, y once seculares: Juan Gabriel de Lescano, Juan de Aranda, Juan de Santander, Martín de Armencia, Antonio de Coto, Francisco de la Fuente, Diego de Quintanilla y Francisco Suárez de Varadero".

Tan rudimentarias eran esas construcciones que se dice que fueron cinco las iglesias que se construyeron; casi siempre fueron destruidas por los incendios o "se las llevó la corriente". La última de estas iglesias, llamada "del Espíritu Santo", habría sido construida con la madera procedente de la carabela "Santa Catalina", desarmada a tal efecto y que, a su vez, fue quemada al ser obligados los pobladores de la ciudad a abandonarla en 1541.

La defensa del villorio estaba constituida por una precaria muralla —por supuesto, de barro—, una empalizada y un foso que rodeaba el perímetro, no tanto para defenderse de los indios, sino también de los tigres americanos —Leo onca palustris— llamados también jaguares o yaguaretés. Según se cuenta, los seis primeros hombres que en 1536 bajaron de los navíos murieron entre las fauces y las garras de los tigres, los que —no obstante la empalizada— la saltaban y atacaban a los habitantes, los que tenían que andar en grupos y armados para evitar ser destrozados. También había cigüeñas, flamencos, teru-terus, chajáes, martinetas, peludos, cuises, avestruces, sapos, ranas, culebras, tábanos, mosquitos y langostas. Abundaban las perdices, a las que era tan adicto el Adelantado.

Pedro de Mendoza puso el nombre al sitio. Lo llamó "Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire" para cumplir la promesa que hiciera a la Patrona de los Navegantes —la Virgen Sarda del Santuario de Nuestra Señora del Buen Aire— que se hallaba en la Cofradía de los Mareantes de Triana y de la que él era miembro. Por muchos años se atribuyó el nombre a Sancho del Campo, de quien Ruy Díaz de Guzmán en su obra "La Argentina" recogió la frase: "¡Qué buenos aires son los de este suelo!", que pronunció al bajar a tierra y en razón a la pureza del aire. Ruy Díaz de Guzmán lo dice en el capítulo XI, pero sabemos que él gusta en recoger leyendas y, al creer en ellas, les imprime un aire fabuloso. Como hemos dicho, pasaron muchos años. En 1892, Eduardo Madero, que realizó profundas investigaciones en los archivos de España, llegó a la conclusión que el nombre de Buenos Aires estaba íntimamente relacionado con la devoción de los marinos sevillanos por Nuestra Señora de los Buenos Aires.

El villorio, la incipiente ciudad, recibió el día 24 de junio de 1536 el ataque decidido de los indígenas, en su mayoría querandíes unidos después a los charrúas y timbúes. El sitio duró varias semanas y, a partir de entonces, la población se vio en imposibilidades para obtener alimentos. "Aquí —dice Enrique Larreta en la obra citada— la tierra defendióse con fiereza única. Los naturales no se dejaron intimidar, como en otras partes, por la novedad del caballo (vocación misteriosa) ni por el trueno de la pólvora. Peleaban con un arma terrible: la bola arrojadiza. Además, los tigres llegaban hasta el foso, hasta la empalizada, todas las noches".

Por eso muy bien el escultor Oliva Navarro ha colocado detrás de la estatua de Mendoza, en bajo relieve, a "La Raza", representada por un indígena con sus rasgos fisonómicos característicos, como el fantasma que lo persiguió. Esta circunstancia y su enfermedad hicieron que a los quince meses emprendiera el regreso a España. Mandó calafatear a "La Magdalena" —que no había dejado de balancearse sobre las claras aguas del Riachuelo— y partió el 22 de abril de 1537. Murió en alta mar, en las proximidades de las Canarias, asistido espiritualmente por el clérigo Francisco de la Fuente, el 23 de junio de ese mismo año. Quedaron aquí setenta hombres bajo el mando de Francisco Ruiz y Galán, castellano de León.

El escultor, captando muy bien el tema, nos presenta la figura de Mendoza de gran tamaño. Es que poseía muchos títulos, militar, triunfador y cortesano de éxitos en reinos europeos. Su actitud es de contemplación pero el gesto denota aflicción, porque terminó derrotado por los elementos y el hambre, y también por la enfermedad.

En el costado norte del monumento, realizado en mármol traventino, se lee la leyenda: "El sueño de la Sierra de Plata" y sobre ella, esculpida, se ve la figura de un conquistador, de rodillas, frente al perfil de una sierra, en cuya cima aparece el sol geometrizado de los incas, todo lo cual evoca las riquezas tan buscadas que se encontraban en el Alto Perú.

Precisamente, si bien es cierto que la idea básica de la expedición era conquistar las tierras descubiertas, el principal propósito consistía en encontrar otro camino hacia el País del Rey Blanco, que guardaba incontables riquezas. Pero aquí sólo encontraron, como cruel realidad, la muerte y la desolación.

Siguiendo con la lectura de la expresión escultórica, en la parte posterior —hacia el Este— se presenta un bajo relieve de "La Magdalena", la nave capitana, y algunos nombres grabados que acompañaron a Mendoza:

Don Diego de Mendoza: hermano del Adelantado, que murió a manos de los indios en la "Matanza de Corpus Christi", el 15 de junio de 1536.

Juan de Ayolas: Capitán mayordomo de Mendoza.

Domingo Martínez de Irala: Capitán natural de Vergara, en la provincia de Guipuzcoa; luego Capitán de Ayolas.

Francisco Ruiz y Galán: Capitán castellano que reemplazó a Ayolas y quedó a cargo de Buenos Aires, a la partida de Mendoza, hasta que fue destruida en 1541 por Irala, y al que llamaron "constructor de iglesias", pues mandó hacer cuatro, cada vez que algo las destruía.

Juan de Salazar y Espinosa: Originario de Monteros, en Burgos, fundador del Fuerte "Asunción", sobre el cual Irala habría de fundar la ciudad del mismo nombre.

Alonso Cabrera: El veedor que vino de España y autorizó el despoilamiento e incendio de Buenos Aires.

Pedro de Bermúdez: Sobrino de Mendoza, que con 300 soldados y 30 jinetes trató de abatir la resistencia de los indios para conseguir alimentos y que murió en Corpus Christi.

Julián Carrasco: Clérigo que para muchos historiadores fue el primer párroco que tuvo Buenos Aires.

Luis de Miranda: Primer poeta del Río de la Plata y autor de un romance elegíaco que inspiró después a Martín del Barco Centenera en su poema "La Argentina".

Rodríguez Pérez de Cepeda de Ahumada: Hermano de Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia. Formó parte de la expedición de Ayolas y fue muerto por los payaguás.

Pedro Hernández: Escribano y secretario de la Provincia del Río de la Plata, es decir, secretario de Mendoza.

Ulrico Schmidl: Utz Schmidl, soldado alemán que escribió el célebre "Derrotero y viaje a España y a las Indias" en 1567.

Fernando de Zamora: El médico de Mendoza que llegó y partió con él.

Sancho del Campo: A quien se cree hermano de María Dávila, la mujer de Mendoza, y a quien se le atribuye haber dicho: "¡Qué buenos aires son los de este suelo!"

Pedro de Luján: Capitán que murió a orillas del río que hoy lleva su nombre, en la llamada "Matanza de Corpus Christi", junto al hermano del Adelantado, Diego de Mendoza.

Juan Pavón: Primer alcalde de Buenos Aires —de primer voto— y que fue enviado a buscar provisiones de los indios, acompañado por dos soldados.

Diego de Abreu: Capitán y caballero de Sevilla.

Antonio Tomás: Portugués que tuvo el privilegio de estar en la segunda fundación de Buenos Aires, en 1580.

María Dávila: La sumisa manceba de Mendoza.

Isabel de Guevara: Casada con Pedro Esquivel. Escribió desde Asunción una carta a la princesa doña Juana, gobernadora de España en ausencia de su hermano Enrique II, el 2 de julio de 1556.

Mari Sánchez: Hija de Pedro Sánchez y mujer de Salmerón de Heredia.

Catalina Pérez: Como las otras muje-



res, sostenía el espíritu desesperanzado de los conquistadores, arrebatados de la fiebre por el hambre.

Elvira Pineda: Criada o manceba de Juan de Osorio, caballero de Avila, maestro de campo, y testigo de su muerte en el Brasil.

Francisco de Villalta: Cronista que corroboró —sin conocerla— la crónica de Schmidl.

Catalina de Vadillo... Elvira Hernández... Elvira Gutiérrez (mujer de Gonzalo de Acosta).

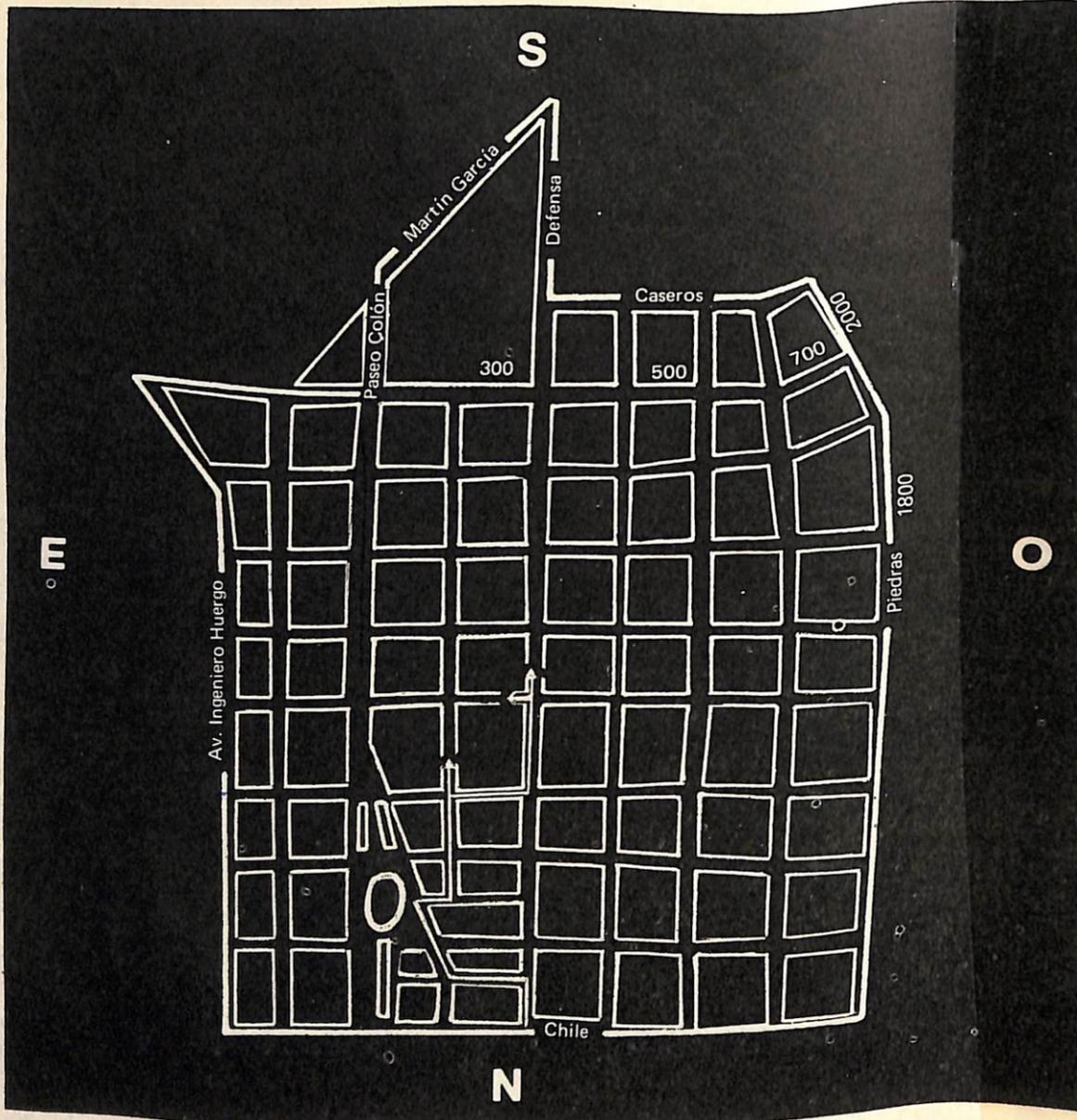
En total, 27 nombres.

En el costado sur del monumento: "La fundación". Evoca a los 72 caballos que llegaron vivos a Buenos Aires, traídos por Mendoza, animal aparentemente desconocido en estas tierras, que solucionó posteriormente, los problemas de comunicación y transporte y que dio origen a lo que Domingo Faustino Sarmiento llamó "La civilización del cuero". Los soldados llevan quepis y con palas se hallan entregados a la tarea de hincar el "rollo de la justicia" aunque, como no han sido halladas las actas de la fundación, no sabemos a ciencia cierta si llegó a levantarse en la ciudad. Completa el dibujo el perfil de una planta que bien puede ser de totora, especie de anea o espadaña, que crece en terrenos pantanosos y húmedos y de la cual echaron mano los conquistadores para techar sus rudimentarias viviendas.

Como síntesis, digamos que en este monumento o "complejo estatuario" —constituido por una fuente, la estatua y los bajorrelieves— encontramos parte de la valiosa historia de los orígenes de nuestra ciudad. Se inauguró el 23 de junio de 1937. Su autor, el escultor Juan Carlos Oliva Navarro, recibió por este monumento dos premios.

Mendoza viste jubón, barba y en la mano derecha la espada, símbolo de la Cruz que hizo sobre el lugar del asentamiento. En la izquierda, el Rollo de la Capitulación que lo acreditaba como Adelantado.

A.G.N.



Para penetrar en los dominios de San Telmo debemos transponer el barrio de "Montserrat", desde la Plaza de Mayo por la calle Defensa, seis cuadras hacia el sur. Esa es la calle que hemos elegido, porque fue el eje histórico de Buenos Aires, la vía de entrada a la ciudad, desde el puerto y desde los pagos del sur.

Fue en este punto donde comenzó a crecer la ciudad; más al este, el lodazal y el río; más al sur, el puerto. De ahí que uno de sus primeros nombres fue "Calle del Puerto", la Mayor, la Real...

Fue sendero en la Buenos Aires "peatonal", camino transitado por los bueyes que tiraban pesadas carretas (más de 2.000 kgr.). También la transitaban chatas que llevaban el maíz y el trigo, carritos para las verduras y frutas, vendedores ambulantes a pie y a caballo...

Luego, cuando el vecino Juan Gutiérrez Gálvez construyó el puente sobre el

Riachuelo —hoy Puente Pueyrredón— "los copiosos frutos que produce el pago de la Magdalena" —según dicen las Actas del Cabildo— llegaban por el Camino Real de las Barracas al centro mismo de la ciudad, en las pesadas carretas.

La calle era un lodazal, "despareja calle de huellas anchas". Desde los primeros días del Real Consulado, el abogado Madrás del Real Consulado, el abogado Manuel Belgrano se había preocupado por el arreglo de las calles y había encomendado a don Agustín Wright que mejorara sobre todo las que iban de norte a sur. Desde el Virrey Vertiz a Nicolás Arredondo —el cuarto virrey— se trató de mejorar las calles con gabelas o impuestos a las mesas de bicon, canchas de bolos y bochas. En realidad Arredondo, al querer empedrar las calles, echaba por tierra lo que el Virrey de Loreto había señalado: que las pesadas carretas, al transitar sobre las piedras, moverían los cimientos de las casas. Rescatamos el relato que al respecto hace Jaime Repide,

quien a su vez glosa a un cronista anónimo: "las dos cosas que más abundan en Buenos Aires, son las mujeres y el barro... bien merecen ellas que uno se embarre por contemplarlas".

El que quiera en Buenos Aires con las bellas recrearse, ha de pagarles por fuerza el derecho de... embarrarse.

Cuando más tarde se hicieron los afirmados de piedra bruta, tan piedra y tan bruta, resultó que otra coplita nació del buen humor porteño:

Cuidado con las piedras que te vas a refalar, porque el golpe de las piedras es difícil de curar...

El virrey Gabriel Marqués de Avilés y del Fierro —1799-1801— pretendiendo cegar los pantanos invitó a los vecinos a que tiraran huesos y cascotes en las huellas que ahondaban las carretas y en su empeño adquirió la balandra "Nuestra Señora del Rosario" para trasladar la piedra desde la Banda Oriental y de la Isla Martín García —pilar emergido del cristalino continental— pues Buenos Aires carecía de canteras. Así logró empedrar catorce cuadras.

Nuestra calle se iniciaba en la Plaza Mayor —todo nos sucedió a partir de ella. La Plaza inicialmente era un manzana circunscripta por la calle Defensa, Hipólito Yrigoyen, Rivadavia y Bolívar. No tenía ni un sólo árbol o arbusto; era parada de carretas y se mercaba. Allí se pregonaba y se hacía justicia en el "rollo" o en la "horca". Fue plaza de toros. En ella se festejaban las coronaciones y los cumpleaños reales. Era el lugar de las procesiones. En ella se jugaba al "pato" en toda su rudeza como en aquel día de 1610, cuando Buenos Aires celebró la consagración de San Ignacio de Loyola. Los balcones del Cabildo servían de palco a las autoridades. "Cuatro días de toros"... para festejar el advenimiento del rey Felipe V en 1748. Pero sobre todo era mercado.

"El cuadro de extraordinaria animación y colorido que presentaba entonces nuestra actual Plaza de Mayo —dice Ricardo Luis Molinari en su obra "Buenos Aires, 4 siglos"— ha sido descrito por numerosos y asombrados viajeros. Durante horas la abigarrada multitud inundaba el amplio recinto con sus gritos, protestas, risas y constantes parloteos, mientras nubes de moscas cubrían las montañas de succulentos productos que se exponían a la venta en puestos improvisados o directamente sobre el fangoso suelo. Al mediodía la plaza se vaciaba y su piso quedaba cubierto por una velada alfombra de restos y de desperdicios de toda índole entre los cuales no faltaban pilas de pescados, ya en principio de putrefacción, y grandes trozos de carne que nadie se molestaba en recoger —tal era entonces su abundancia— y que servían de alimento a los innumerables perros cimarrones o vagabundos que, junto a las ratas, pululaban en el lugar".

Volvamos a nuestra calle que nos ha de conducir a la ciudad antigua. Comenzó a llamarse "calle Real"; en 1738, "la Mayor". Cuando se generalizó la costumbre de escribir con pinceles sobre las blanqueadas paredes el nombre asignado oficialmente a las calles, se la llamó "de San Martín". Los nombres eran extraídos del santoral y a ésta —que era "la Mayor"— se le dio el del patrono de la ciudad, San Martín de Tours.

En el transcurso de los años y de los siglos, la edificación se fue alineando a sus lados y, dada la distancia en el tiempo, resulta difícil ubicar las familias que vivían allí no sólo en el siglo XVI, sino también en el XVII.

Caminemos lentamente y mucho revivirá en la vieja calle.

Se iniciaba en lo que daba en llamarse "Catedral al sur", sector de la ciudad constituido por los barrios de "San Francisco", "Santo Domingo" y "San Ignacio". Allí, sobre la calle "del Cabildo", en la acera sur sobre terrenos que habían sido asignados por Garay a Rodrigo Ortiz de Zárate, se hallaba una de esas casas llamadas "Altos", características de las construcciones importantes del siglo XVIII. Se las llamaba así porque tenían planta baja —generalmente ocupada por negocios— y un piso superior.

Era reconocida como los "Altos de Escalada" o también —porque su construcción presentaba un estrecho balcón corrido en todo lo largo del frente— "de la Balconada"; y como a ese balcón daban los numerosos cuartos que se alquilaban a trabajadores de poco recursos, recibía el nombre de "la Cuartería". En uno de esos cuartos nació en 1800 el coronel Tomás Espora, el primer marino nacido en territorio argentino que circunvaló la Tierra en "La Argentina", capitaneada por Hipólito Bouchard, a cuyo bordo llevaba una copia del Acta de la Independencia proclamada en Tucumán. Espora se cubrió de gloria combatiendo bajo las órdenes de Guillermo Brown. La casa, que había sido construida en 1785, se demolió en 1886.

Donde terminaba la Recova Vieja estaba la "Confitería de la Unión" y un poco más adelante, haciendo cruz con la iglesia de San Francisco —antiguo número 69, hoy 169— se conserva en pie la vieja casona diseñada por el presbítero Saturnino Segorola en 1812, para Juan Bautista Elorriaga.

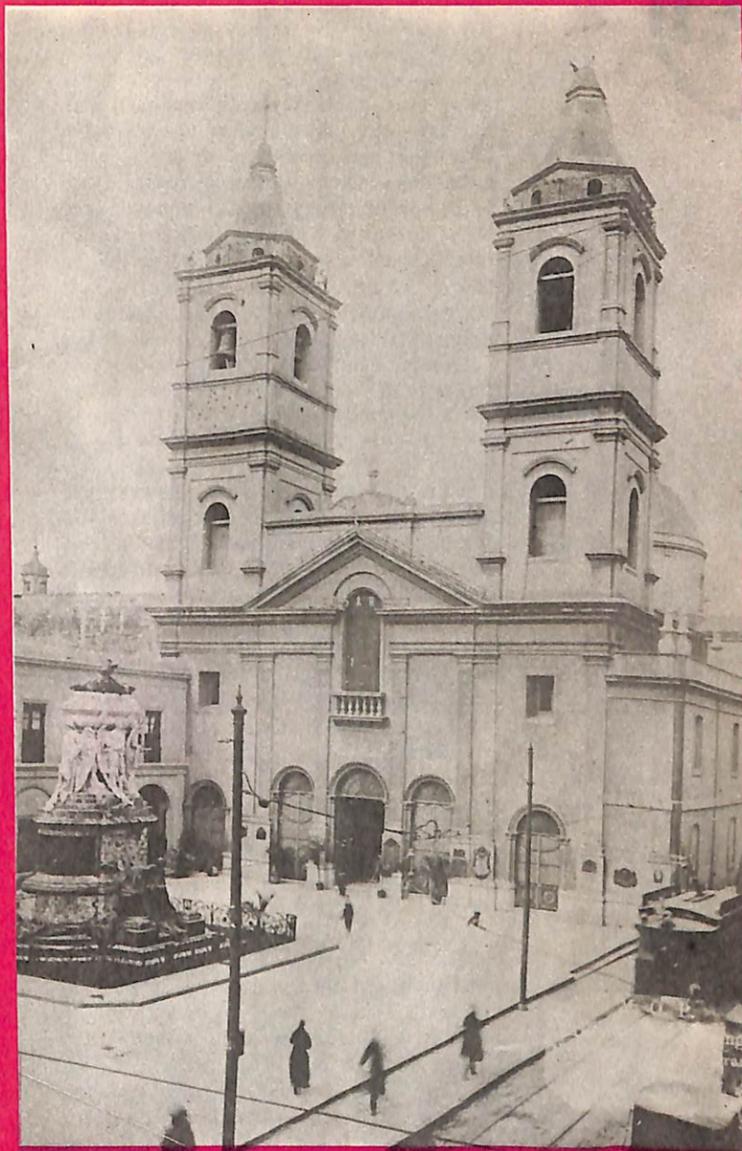
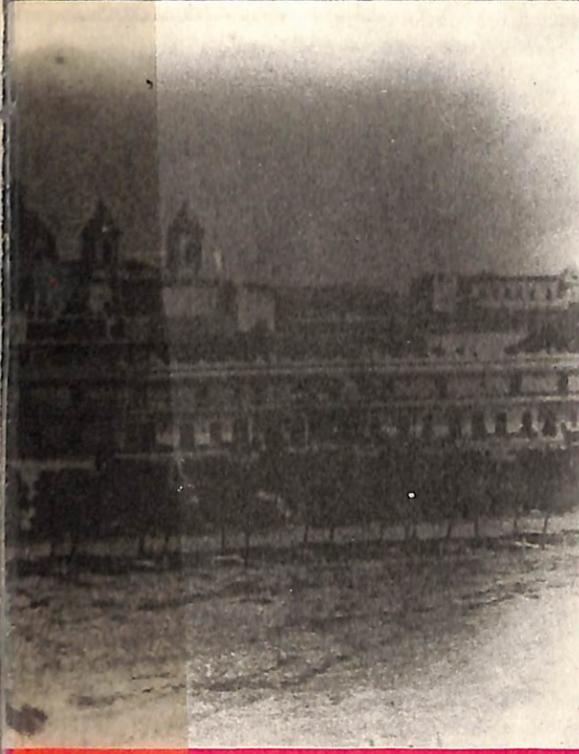
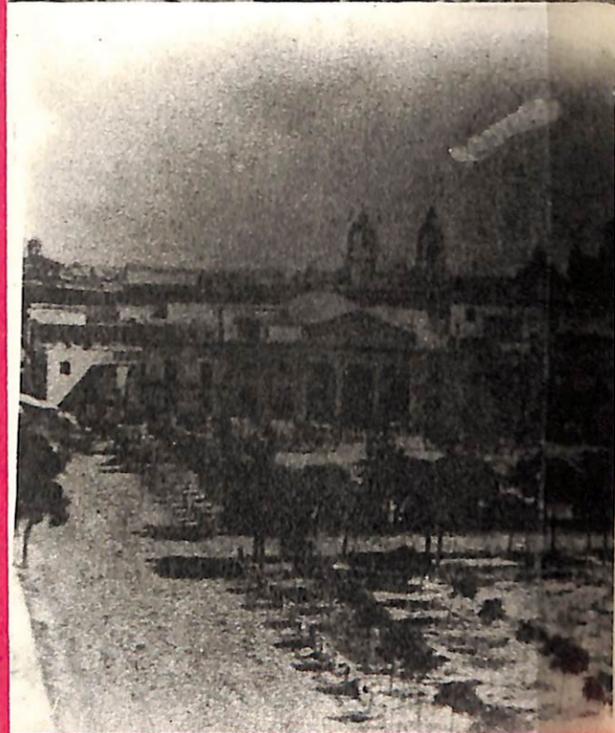
También es una casa de las llamadas "Altos", o sea, casa de planta baja, un piso alto y techo plano con azotea. La planta baja estaba destinada para comercio, y en la parte alta vivía la familia. Sus paredes son lisas. Su única ornamentación es una cornisa que separa la planta baja del primer piso; otra cornisa sirve de apoyo al barandal de la azotea sobre la cual se halla el mirador que servía tanto para otear el horizonte o tomar el fresco del río que estaba a pocos pasos. El estilo es reconocido como "post-colonial".

El Museo de la Ciudad ocupa la casa desde 1968 y desde entonces, mediante exposiciones y diversas actividades, constitu-



Desde la casa de Tellechea se hizo fuego con un cañón a la torre de Santo Domingo en donde se encontraban parapetados los invasores ingleses. Año 1807. A.G.N.

Aspecto que presentaba la Plaza Mayor en 1600. A.G.N. (Centro, arriba)



Santo Domingo - A.G.N.

Se advierte los "altos de Escalada" y seguidamente el Antiguo Congreso. En la Plaza de Mayo se han plantado los primeros paraísos. Año 1860. A.G.N. (Centro, abajo)

ye "la memoria de la ciudad". De esta manera "Buenos Aires podrá ser eterna en tanto quienes la vivan tomen conciencia de ella y la quieran u odien con auténtico conocimiento y no simplemente con nostalgia prestada..." ha sentenciado su director, el arquitecto José María Peña, aunque en ello reconocemos una filosofía excesiva para nuestra sensible alma de porteños.

También el Museo de la Ciudad ocupa los "Altos" de la Farmacia "La Estrella", -antiguo número 45, hoy 183-. Don Pablo Ferrari, químico y botánico italiano la había fundado en el barrio de Santo Domingo, en Defensa casi Venezuela. Luego, en 1835, la transfirió a Silvestre Demarchi, de nacionalidad suizo. Pasó a ser una importante droguería. Los herederos de Demarchi la mudaron a fines del siglo XIX -1895-1898- al lugar que hoy ocupa. En 1969 fue adquirida por la Municipalidad de Buenos Aires para que sirva de testimonio de las costumbres y el gusto de la llamada "belle époque" cuando la arquitectura de Buenos Aires manifestó su gusto por lo italiano y lo francés. Ello se advierte en

la decoración de la fachada, el balcón volado sobre la puerta de entrada, en la ochava; frontis rectos con ornamentaciones centrales; en lugar de herrería vemos balaustres en los balcones y en la azotea ¡Qué distinto al gusto simplista de la construcción post-colonial de los "Altos de Eloorriaga"! Es un típico ejemplo de la arquitectura de fin de siglo.

Sobre la calle "de San Carlos" -hoy Alsina- se halla aún la plazuela de San Francisco. Parados allí podemos tener una mejor perspectiva para mirar la basilica que se levanta en el mismo lugar que el fundador de la ciudad les asignara a los franciscanos -1580- para que se establecieran. Los Padres construyeron primero el convento, que supo del paso de San Francisco Solano en 1596. La iglesia la edificaron en 1602 y fue el primer templo de Buenos Aires... ¿Antes que la Catedral? Admitámoslo así.

El edificio fue terminándose de a poco. Para ello los Padres instalaron un horno en las hoy Barrancas de Belgrano, sobre terrenos cedidos en donación, donde

elaboraron la cal necesaria con la conchilla que extraían de la cantera allí existente...

La plazuela frente a la iglesia fue la primera después de la Plaza Mayor -1639- y en ese espacio libre se levantaban tablados, se representaba, se vendían pequeñas cosas... se reunía la gente. Por esta razón era de gran animación. Se dice que allí el General Juan Galo Lavalle convocó al pueblo, pronunció una proclama invitando a todos a deliberar sobre las circunstancias y, teniendo en cuenta el bien de Buenos Aires, deponer al gobernador Manuel Dorrego. Era 1829...

Hoy se hallan "reunidas y alineadas" las estatuas que pretendieron enriquecer arquitectónicamente a la Pirámide de Mayo cuando, alguna vez, nos avergonzábamos de nuestros humildes orígenes y queríamos rotularnos con el poder de "La Geografía", "La Astronomía", "La Navegación" y "La Industria"...

No siempre eran sólo las calles las que tenían nombres; también, las cuadras. Defensa, entre Alsina y Moreno, se llamó "de la Higuera". El origen del nombre posible-

mente pueda deberse a que en el lugar hubiera un árbol de esa especie -Ficus Carica- pues a falta de nombres oficiales los pobladores se valían de alguna característica particular para orientarse en la ciudad. También pudo deberse a que, sobre el ángulo NO estaba la casa del capitán Antón Higuera de Santana, uno de los vecinos fundadores, encomendero y alcalde de la Trinidad, nacido en la villa de Salteras -Sevilla- en 1557. Era de esbelta figura y moreno, pero a causa de sus deudas, el gobernador don Diego de Góngora, lo redujo a prisión en 1619.

En el 301 actual subsiste un almacén de esquina sin ochava, de puertas sombreadas, pleno de olor a yerba y fiambres. Allí las mujeres del vecindario, como antes, hacen sus compras diarias, mecanizadas un poco por ese suceder de almuerzos y cenas. Este almacén esquinero es parte del espíritu del barrio.

En ese mismo lugar -Moreno y Defensa, esquina SE- existió una casa que había sido construida a fines del XVI por el presbítero Juan José de Rojas. Era muy típica

del momento, con rejas y puertas coloniales. Fue restaurada porque durante las invasiones inglesas buena parte fue destruida en el combate. Ocupaba una parte de la manzana que, en los albores de La Trinidad había pertenecido a Diego de Vega, portugués, comerciante de gran fortuna. Luego se construyó un cerco, se plantaron árboles y viñas y, con algunos edificios para comercio, pasó a propiedad de Bernardo Sánchez —“el gran pecador”—. Los otros solares pertenecían a Pedro Franco, Hernando Suárez Maldonado y el general Mateo Leal de Ayala. También aparecen como propietarios Francisco de Rivera, Francisco Martín y Manuel de Avila, militar, padre de dos porteñas que fueron famosas por su belleza.

En pésimas condiciones la casa persistió hasta nuestros días y los nuevos dueños iniciaron —previa demolición— la construcción de un restaurante llamado “Patio Español”. Se utilizaron elementos rescatables, por eso no debe llamarnos la atención que un una placa de mármol colocada recientemente sobre la pared de la calle Defensa el Museo de la Ciudad asegure que los ladrillos pertenecieron a la antigua casa. Si nos asomamos al patio del restaurante, podemos ver un arco de puerta y marcos de madera originarios. Ha persistido en el tiempo en razón a la calidad de la madera, que es de lapacho, lo mismo que los zócalos y escalones que se han utilizado y el umbral de la puerta de acceso.

Casi a continuación, sobre Defensa, se hallaba la “Librería Argentina”, que en 1834 inauguró Marcos Sastre. Era un “Gabinete de lectura” y allí concurrían los jóvenes estudiantes entre quienes logró tener popularidad. De ello va a decir Vicente Fidel López que, frecuentaba la librería de Sastre, no sólo por la abundancia de libros que ofrecía sino porque informaba a quien quisiera saber, dónde, cómo y de qué forma “podía hallarse o pedirse la obra buscada”. Aunque su librería no era la única en el Buenos Aires de entonces, pues ya funcionaban seis, el local resultó chico para atender a tantos consultantes y se trasladó a la calle Victoria 136 —hoy Hipólito Irigoyen— con el nombre de “Salón Literario”, antecesor de la “Asociación de Mayo”.

Junto a la librería de Sastre vivía la familia Bunge y enfrente, la de Pedro Plover, que en 1834 fue agente consular del rey de Cerdeña, hombre de negocios y de gran vinculación política.

Unos quince metros hacia el sur, sobre la misma acera se encuentra la casa donde vivió Bernardino Rivadavia. Se halla numerada con el 346 al 356, pues tiene 57,25 m. de largo y 27,60 de fondo. Allí vivió la luna de miel con su esposa doña Juana del Pino, hija del Virrey, cuyo retrato original se halla en el Convento de La Merced. Allí transcurrieron los mejores años de su actuación política.

La casa fue construida durante el siglo XVIII, a fines del 1700. Consta de planta

baja y un piso superior. Originariamente tenía cuatro cuartos y tres baños en la planta baja; una puerta de cuatro hojas permitía pasar al zaguán, ancho, que podía dar cabida al coche. Tenía tres patios. En el primero estaba el aljibe con brocal de mármol y una escalera para el piso superior. El comedor cuadraba el segundo patio y en el tercero, la cochera y una higuera.

En el frente, la fuerte cornisa superior sostiene el techo de tejas españolas que no son en su totalidad auténticas, en razón a su fragilidad. En un alero interior que da al patio se conservan tejas francesas de la época. Los balcones a la calle son reducidos. Las puertas y ventanas son bajas, a postigos de madera y arco escarsano. Las rejas son simples con barrotes impares de sección redonda y planchuelas.

Rivadavia dejó esta casa cuando partió con destino a Cádiz donde murió en 1845 cuando tenía 65 años. La casa de España ha corrido mejor suerte que la de Buenos Aires, pues en 1980 fue totalmente restaurada por el gobierno argentino. El proceso para llegar a llo fue largo, lento y se remonta a los primeros años de este siglo en que la revista Caras y Caretas realizó una campaña para rescatar la casa. Había pertenecido por más de cien años a la familia Mendoro y en 1927 aquel magnífico filántropo español de origen, argentino en su agradecimiento, llamado José Roger Balet, la adquirió en la suma de 300.000 pesetas. Dos años más tarde la donó al gobierno argentino. No fue cosa fácil desalojar a los inquilinos y retirar las tabernas del piso bajo. Así, la casa en la que había muerto Bernardino Rivadavia, en la esquina de las calles San José y Cánovas del Castillo, llegó a estar prácticamente en ruinas. De ahí que el gobierno argentino destinó en 1980 la suma aproximada de 286.000 dólares para su restauración. Es de desear que la casa de Rivadavia en Buenos Aires siga igual proceso, sobre todo si tenemos en cuenta que allí nacieron todos sus sueños de estadista.

Crucemos la calle. Sobre la vereda oeste, frente a la casa de Bernardino Rivadavia, vivía Francisco de Tellechea con su mujer Rita Dogan. Tellechea era cabildante y fuerte comerciante. La casa era del siglo XVIII y desde el patio se cañoneó —1807— a los ingleses atrincherados en la iglesia de Santo Domingo. Habitó la casa hasta 1812, porque —fiel a España, participó de la “conspiración de Alzaga”, que era vecino en el fondo sobre la calle Bolívar, y en ello le fue la vida. En esos días integraban el gobierno Juan Martín de Pueyrredón, Felicia Chiclana y Bernardino Rivadavia. Martín de Alzaga fue tomado prisionero y en un documento que se conserva en el Archivo General de la Nación y que lleva la firma de Chiclana, se lee: “Excelentísimo señor: a esta hora, que son las doce y media de la noche, ha sido aprehendido el reo Martín de Alzaga y se halla en la cárcel de la Cuna a disposición de V.E. Dios dé a V. E. muchos años. Buenos Aires, julio 6 de 1812”. La hija de Tellechea, María Calista Te-

lle Echea, casó tres años después con Juan Martín de Pueyrredón. Tuvieron un hijo al que dieron el nombre de Prilidiano, famoso pintor y arquitecto.

El destino de las cosas suele ser insólito. En la casa se instaló después una barbería que ofrecía como particularidad “un insecto llamado vulgarmente ‘sanguijuela’ que se aplica con éxito para una porción de dolencias”.

Al lado de la casa de Tellechea estaba la escuela de Carmen Carbonell y más hacia el sur, la familia Madero.

A pocos pasos de la casa de Bernardino Rivadavia, posiblemente donde estuvo la Fonda de los Tres Reyes —Defensa 372— se ha inaugurado el Complejo Cultural Télam. El edificio data de mediados del siglo pasado y si bien es cierto ha sido reconstruido se lo ha hecho teniendo en cuenta viejas fotografías por lo cual se ha podido reproducir detalles de su antigua fachada y un detalle de las puertas del inmueble.

Al cruzar la antigua calle de Santo Domingo —hoy Belgrano, en razón a que entre Defensa y Bolívar estaba la casa en que vivió Manuel Joaquín del Sagrado Corazón Belgrano— los padres dominicos que habían llegado desde el Paraguay fundaron el Convento de Santo Domingo de Guzmán. Lo dedicaron a San Pedro González Telmo, beato dominico, pues era costumbre hacerlo así en todos los conventos de la orden situados en puertos, debido a que era el protector de los marinos.

Iniciaron de inmediato la construcción de la iglesia basilical que pusieron bajo la advocación de la Virgen del Rosario. La piedra fundamental fue colocada en 1751 y se terminó en 1779.

Cuando en las luchas de 1807 don Santiago de Liniers oró delante de la Virgen del Rosario —hermosa obra española del siglo XVI— se dice que obró el milagro de vencer a los ingleses y por su esplendor llamaron “la Taumaturga”. El edificio ostenta en el frente las huellas de los impactos que se dispararon desde la casa de Tellechea cuando el general inglés Crawford se hizo fuerte allí con parte de su división. En el atrio puede verse el mausoleo al general Manuel Belgrano, inaugurado allí el 20 de junio de 1903. La obra escultórica de Héctor Ximenez es el resultado de una colecta entre los niños del Consejo Nacional de Educación de la Provincia de Buenos Aires, quienes mediante el aporte de sólo diez centavos por cada donante, consiguieron dar digno recinto a los restos del prócer.

Calle por medio con la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario —en la numeración antigua 189 y actual 453— se hallaba la casa de Juan Lezica y Torrezuri, comerciante adinerado que ayudó a costear la iglesia. Murió en 1774 sin ver terminado el templo. En 1835 la propiedad pasó a Dolores Fernández de Quiroga, viuda del general Facundo Quiroga. Era uno de los sitios más concurridos de la ciudad. Sobre la misma acera este y hacia el sur, estaba la casa de Martín de Sarratea, que tenía gran presti-

gio social y fuerte fortuna. Su hija doña Martina, fue esposa en segundas nupcias de don Santiago Liniers. También vivió allí Manuel de Sarratea, de destacada actuación política en la Revolución de Mayo. Como casa vecina se hallaba —numeración antigua 197, actual 453— la casa de Benito González Rivadavia, abogado de nota y cabildante. Allí nació y vivió su hijo Bernardino, primer presidente argentino.

La calle Venezuela se llamó “Rosario”. Era la más central del aristocrático barrio de Santo Domingo. Era, también, la mejor edificada con casas de azoteas, algunas con altillo y mirador. En la esquina con Defensa era conocida —hasta mediados del siglo XIX— como la “Esquina de la Matanza”, porque allí se luchó denodadamente en las invasiones inglesas, donde se tiró aceite hirviendo. Defensa, desde Venezuela a México se llamó “la vereda ancha”, y en los primeros tiempos habitó la esquina NO el cabildante Antonio González Barragán, que era pariente de “Bernardo Pecador”, —personaje realmente muy pintoresco de aquellas épocas. González Barragán gozaba de prestigio. Luego, la casa —que hacía esquina con el Hospital San Martín— pasó a Juan Vendrell Vivot, fuerte comerciante de Mallorca, casado con doña María Cabral de Hunter. Se había comenzado a construir para monasterio de monjas dominicas y allí también se atendería la educación de las jóvenes honestas. La iniciativa surgió por imperativo del R. P. Dionisio Torres Briceño; así en un viaje que realizó a España, consiguió que el Rey firmara una Real Cédula en San Lorenzo —1717— por la que se autorizaba a levantar el convento. A su regreso, en 1723, compró a la Compañía de Jesús un terreno para levantar un curato con monjas de Santa Catalina de Siena, que provenían de Córdoba del Tucumán, con la finalidad de servir de casa para las mujeres que deseasen tomar hábitos. Invirtió en ello 40.000 pesos. Luego —1727— compró el terreno que daba sobre México hasta Bolívar y se iniciaron las obras sobre planos del R. P. Blanqui S. J., adquiriendo los ladrillos de los hornos de doña Inés de Zamudio e Hijos. Pero a su muerte —1728— el gobernador Bruno Mauricio de Zabala, acompañado del ingeniero Domingo Petrarca y el coadjutor de la Compañía de Jesús, arquitecto hermano Juan Bautista Primoli, advirtió que el terreno no era lo suficientemente grande y se aconsejó el traspaso del futuro convento a otro lugar. Se argumentaba además que era inconveniente ubicarlo en el arrabal, porque las monjas podían recibir algún insulto. A ello se agregaba que se hacía dificultoso llegar durante el mal tiempo porque las calles eran intransitables por sus zanjas. Después de un largo pleito, en el que hasta intervino el Rey, se dispuso —1764— que el convento se edificara en la actual manzana comprendida entre las calles Córdoba, San Martín, Viamonte y Reconquista, llamada “del campanero”. De esta manera va a ser el primer convento de monjas de la Trinidad

y, lo que aún subsiste en ese lugar, ha sido declarado Monumento Histórico Nacional en 1942.

La casa de Vivot tenía un amplio zaguán con banco azulejado, patio con fuentes y las ventanas que daban a la calle tenían rejas voladas, adornadas con las clásicas flores o doble eses. Una importante escalera llevaba al piso superior que presentaba a lo largo del frente un balcón de reducido ancho, tal como se estilaba entonces. Los cielos rasos tenían dibujos de arte indígena.

Muy cerca de la casa de Vivot vivía Mariana Vivot, esposa de don Rodolfo Fernández Guerrico.

De Venezuela hacia el sur, detrás de Santo Domingo venía lo de José Morales de Alborno, nieto de conquistadores. La casa tenía 30 varas de fondo por 9 de frente. Era amplia, con tres patios y arboleda. Luego, lo de Domingo Pelliza, genovés, que se había españolizado. La casa tenía 25 varas de fondo por 17 de frente. Tuvo 17 hijos, dicen algunos estudiosos del tema.

En Defensa, entre México y Chile, vivió el oriental Dr. Juan Angel Golfarini:

*En la calle de Defensa,
vive el Dr. Golfarini.
Es un médico de aldea.
Guerrero del Paraguay,
aprendió aserrando pierns.
Luego escribió sus "Memorias"
como quien se saca vendas.
Daba muy pocos mejunjes,
firmó muy pocas recetas.
Pero el cólera, la peste,
la intriga, el mal, la tristeza,
no podían soportarlo
y rehuían su persona.
Golfarini fue una mezcla
de buen humor y franqueza.
Curaba haciendo reír;
y eran sus manos de buenas,
que llevaban el milagro
sobre la flor de sus yemas.*

*.....
Nunca le cobró a los pobres
y curaba la pobreza...*

Vizconde de Lazcano Tegui

Así, entre los "aquí había" y "aquí se halla" dejamos —¿por qué no?— nostálgicos la calle Defensa.

HOSPITAL DEL SEÑOR SAN MARTIN

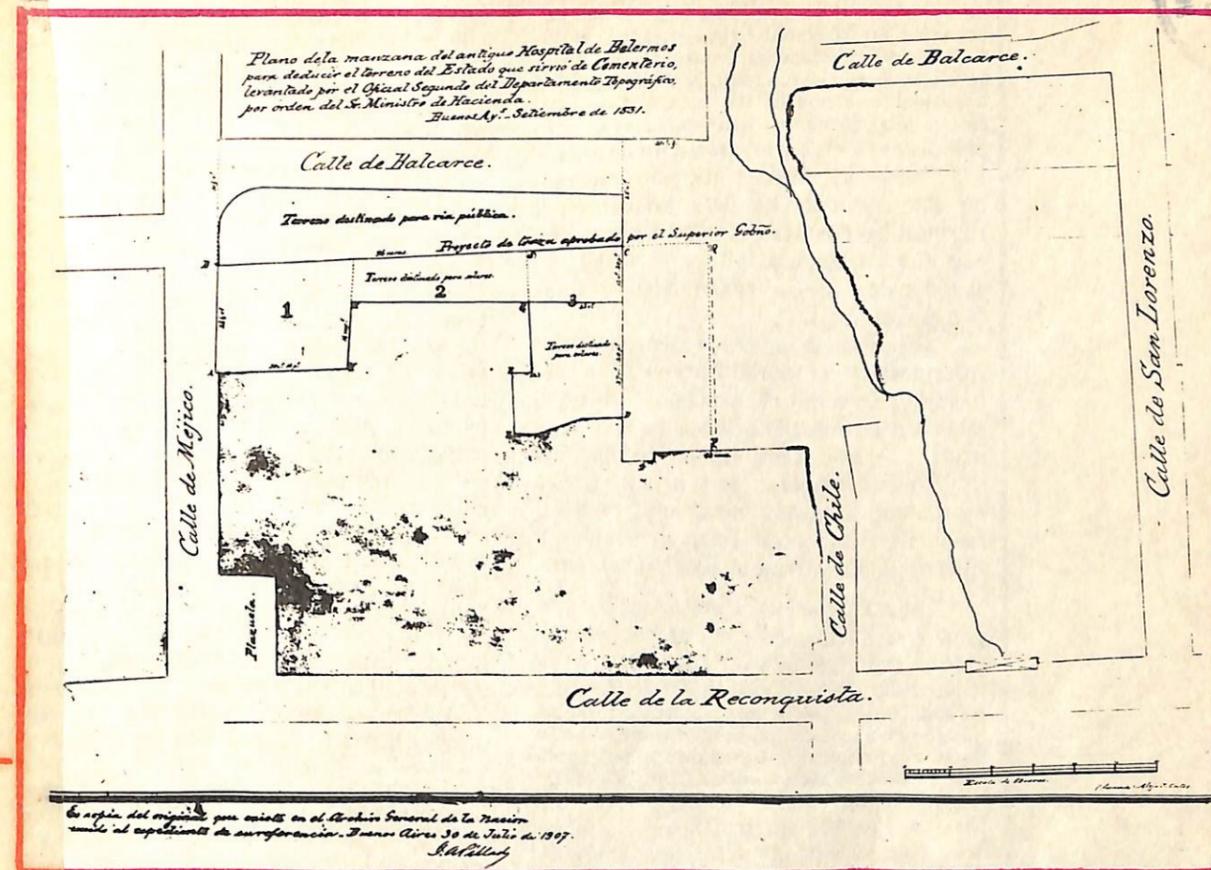
En nuestro andar por la calle Defensa llegamos a la esquina con la actual México. Deberemos detenernos un largo rato, pues es mucho lo que representa para la historia de nuestra ciudad. Es un hito que nos lleva a hurgar en los orígenes mismos, a memorar las primeras disposiciones de su fundador.

Juan de Garay, de acuerdo con lo establecido por la Ley de Indias ("... en todos los pueblos españoles e indios se funden hospitales donde sean curados los pobres enfermos y se ejercite la caridad cristiana") al hacer la traza de la ciudad "de la Trinidad" le asignó un lugar donde habría de levantarse el edificio. Dispuso que ello fuera en la manzana número 36, comprendida entre las actuales calles 25 de Mayo, Reconquista, Sarmiento y Avda. Corrientes, o sea en la vecindad del lugar reservado para los dominicos, porque era condición que la casa-hospital debía estar cerca de una iglesia, tener por patrono al de la ciudad y ser costeadado y atendido por el Cabildo. En lo que respecta a Buenos Aires, esto no debe sorprendernos, porque como dice María de Villarino, la ciudad "había nacido religiosa, rezadora".

Hasta tanto se levantara el edificio del

hospital, éste funcionó en casas alquiladas. En reunión del Cabildo y según consta en Acta del 7 de febrero de 1611, se dispone construir "... un hospital y una ermita del Señor San Martín una cuadra más arriba del monasterio de la Merced, calle en medio, que son cuatro solares", o sea, según se indica en el plano de la traza de Garay, en la cuarta manzana hacia el norte, a partir del Fuerte y en esa misma línea. Pareciera haber aquí un contrasentido, pues nos habíamos referido a que el hospital debía levantarse en las proximidades del lugar reservado a los dominicos y ahora mencionamos a La Merced. Es que los dominicos canjearon ese lugar con los mercedarios.

La práctica en el desarrollo de la vida de la ciudad fue indicando que, desarrollándose todas las actividades hacia el sur de la Plaza Mayor y, sobre todo, porque la mayor parte de los enfermos eran los navegantes que llegaban al puerto después de largas travesías, era muy dificultoso y lejano trasladarse hasta el hospital. Además, porque estaba "fuera de donde es el comercio y se han de pedir y recoger las limosnas que sería útil y conveniente hacerlo en el camino que va al Riachuelo, donde está más cerca del comercio y, a causa de aquél, es el paso



por donde la mayor parte vienen los pobres enfermos". De ahí que el Cabildo eligió entonces como lugar, la manzana formada por las actuales calles Defensa, México, Balcarce y Chile, junto al zanjón que descendía al río. Si bien es cierto que el Cabildo dice que los dueños han de ceder los terrenos "en trueque por vía de la venta donación", en realidad "expropió" los terrenos que compartían los vecinos el capitán Antonio Fernández Barrios, Francisco Rivero, Pedro de Isarra —o Izarra— y el capitán Antonio —o Antón— Higuera de Santana. Hay constancias por las cuales Antonio Fernández Barrios donó el de su propiedad, con lo cual se convirtió en el primer filántropo que registra la historia de la ciudad.

El gobernador era Diego Martín de Negrón —1612—.

Así el primer hospital se construiría sobre un terreno que tenía 109 varas de frente al camino que llevaba al Puerto (hoy Defensa) por 88 varas extendidas hacia el río. La construcción en sí medía 36 varas de largo por 7 de ancho. Tenía techo de madera —entablado— y piso de tierra pisada. Fue puesto bajo la advocación de San Martín de Tours y la imagen del santo, que había estado hasta entonces en la Catedral, fue llevada al hospital. Corría el año de 1614.

Se lo llamó "Hospital de San Martín", también "de la Ciudad" o "del rey". Tenía capacidad para unas veinte camas, una al lado de la otra, lo que no permitía intimi-

dad en la enfermedad. Comenzó siendo un hospicio para militares de la guarnición de Buenos Aires. Sólo cuando los soldados dejaban libres algunas camas, las podían ocupar enfermos indigentes.

Es importante señalar que, según un censo de población realizado por el gobernador de Buenos Aires, don Diego de Góngora, la ciudad tenía 212 vecinos en 1621, o sea que con un cálculo de cinco personas por familia vecina, sumaban unas 1060 personas, 103 indios al servicio y 668 naturales en las reducciones.

Aunque el hospital estaba a cargo del Cabildo, la atención no era muy buena. En realidad era un depósito de enfermos; la higiene era casi nula y los insectos hacían estragos. Todo debía resolverse con un presupuesto de 130 pesos anuales. Tengamos en cuenta que en ese año de 1621 se produjo una epidemia de viruela y "tabardillo".

A medida que la ciudad progresaba, el 9 de enero de 1635 se presentó al Cabildo fray Alonso de Benavidez, vicario provincial de la Orden de San Juan de Dios, a pedir que se le permitiera fundar un hospital con los religiosos de su Orden. Pero era obligación que el Cabildo pidiera autorización a Su Majestad. Mientras llegaba el permiso, la Comunidad de San Juan de Dios o Hermanos Hospitalarios o de Antón Martín, se hizo cargo del hospital para ayudar a los pobres que estaban internados. Aparentemente no les llegó el permiso, porque en 1667 —ante la falta de médicos que padece Buenos Aires— el Cabildo vuelve a

En 1860 Pedro Beare elabora este mapa de la manzana circunscripta por las calles Chile, Defensa, Balcarce e Independencia que se halla dividida por el Pasaje San Lorenzo. Se advierte que el zanjón no corre por la esquina de Defensa y Chile, ni por el pasaje San Lorenzo. "Atlas de Buenos Aires" Pág. 125

A.G.N.

dirigirse al Rey para pedirle "la fundación de un hospital de San Juan de Dios que poco antes Su Majestad había negado, sin duda, por no conocer las condiciones en que se encontraba la ciudad", y suplicaba que le concediese cuatro Hermanos Hospitalarios: uno cirujano, otro boticario, otro practicante y el cuarto, sacerdote de misa.

Todo hace suponer que estos sacerdotes que, según se considera, estaban en el Hospital de San Marín, hasta tanto conseguir el permiso para instalar el propio, lo abandonaron aunque aparentemente nunca se hicieron cargo.

La preocupación por la atención de los enfermos era constante. Pero en 1678 tanto la iglesia como el corredor del hospital están sin terminar. Los trabajos iban muy lento. En 1681 el mayordomo del hospital solicitó las campanas para la iglesia: Ese mismo año se mandó buscar madera al Paraná. Pero las obras siguen demoradas y Buenos Aires ya cumplía su primer siglo.

Tal era el estado de indigencia del hospital que no lograba dar una buena atención a los enfermos y en 1692 se pensó en clausurarlo. Ningún necesitado acudía a él, estaba vacío, medio en ruinas y lo que se hallaba construido había sido ocupado con "algunas personas solteras que biben en algunos cuartos de su fábrica con algún escándalo y mala nota". Se ordena —entonces— al mayordomo del hospital que no debe alquilar ninguna habitación, sobre todo "y particularmente a los que fuesen mosos de mal crédito y reputación".

Para entonces —fines del siglo XVII— ya se había construido la capilla que se llamó "Nuestra Señora de Copacabana y San Martín", porque cerca de allí se había afinado un grupo de población portuguesa y el santuario que habían instalado funcionaba como enfermería mejorando la precaria condición del hospital. No obstante, el edificio contaba con numerosas habitaciones, amplias y ventiladas, cocinas, hornos, patios, huerta y un cementerio con una cruz en el centro, cerrado de tapias de tierra. En cuanto a la iglesia tenía en el techo 16 tirantes de madera que lo sostenían, púlpito con escalera de cedro, altares, mesas, sagrarios, confesionarios, imágenes, custodia, lámparas, campanillas, atriles... Es entonces que se propone destinar el hospital "como casa de recogimiento", que sirva de retiro a las donzellas nobles, virtuosas, huérfanas y pobres que desearan vivir en él y de castigo a las personas que con su mal ejemplo las escandalizan". En carta del Obispo de enero de 1693 se lee: "son muchas las doncellas que aquí se pierden por falta de recogimiento y abundante de ocasiones respecto de la mucha gente soltera que tiene este Presidio fuera de los hijos de vecinos y muy pocas, las doncellas de esta ciudad que sepan lo preciso para su salvación por falta de doctrina y de enseñanza". Hasta entonces había muchas mujeres que hacían voto de castidad, vestían sotana negra con toga y manto pero cada una vivía en su casa. No tenían convento. De ahí en-

tonces que el hospital se convertiría en "Casa de Recogidas" y "Beaterío". Para ello se hizo levantar una cerca de cinco varas de alto y una de ancho en torno al hospital y se designó como primera directora a doña Juana de Saavedra. La casa se sostenía por limosnas, con impuesto sobre los cueros y donaciones en alimentos y dinero. Solicitada la autorización correspondiente, el Rey contestó —1702— que el hospital siguiera funcionando y, por consiguiente, quedaba sin efecto la Casa de Recogidas. Hubo que sacar a las huérfanas que se hallaban allí y ubicarlas en otra casa y las que tuvieren parientes debían ser recogidas por éstos. En 1709 el gobernador ordenó al Cabildo que el mayordomo tomase nuevamente las cuentas del hospital, tal como lo había hecho antes, y al recuperar la casa de salud fueran pasados allí los enfermos que había en la ciudad. Estos en su mayoría eran soldados que se hallaban alojados en casas de particulares y el médico no podía asistirlos como correspondía. Ello está indicando la preocupación de España por la salud de sus súbditos y un firme propósito por combatir al curanderismo, que desde los Reyes Católicos se venía persiguiendo. No obstante, reconocía que la Casa de Recogidas debía hacerse, pero sin entorpecer la marcha del hospital.

Si bien es cierto que —aunque precariamente— el hospital alimentaba y daba medicamentos a los enfermos, Buenos Aires no tenía suficientes médicos que asistieran regularmente a la población. Algunos llegaban y después de un cierto tiempo, se iban —el caso del Dr. Manuel Alvarez— obligando a las autoridades en muchos casos a prohibirles la salida.

Tal como se expresa en acta del Cabildo del 25 de noviembre de 1667, "que es inexcusable no tan solo para los pobres españoles, yndios y negros sino a los más ricos desta ciudad, por no haber en ella médicos, botica ni cirujano, ni en todas estas provincias quinientas leguas en torno que puedan curar ni hacer compuestos para su curación ni cirujano que execute y obre la cirujía..."

De aquellos 212 vecinos que Buenos Aires tenía en 1621, con un total de 1060 personas, la ciudad había aumentado en 1690 a 1400, constituidas por 500 civiles y 900 soldados; pero tengamos en cuenta que la soldadesca no tenía arraigo en la ciudad; iba y venía. Este estado de cosas se agravó cuando como consecuencia de la regularización de los asentamientos de compañías negreras se produjo otra epidemia de viruela en 1706. En general la salud de la población era muy buena, pues era muy alto el porcentaje de proteínas con que los pobladores se alimentaban. El R. P. Guillermo Furlong S. J. dice al respecto: "no hubo hasta principios del siglo XVIII hospitales, porque no había enfermos con qué llenar... y no había enfermos porque no había habitantes".

En 1727, a causa de otra epidemia, el vecino capitán Juan Alonso González, natural de Cádiz, organizó la Hermandad de

la Santa Caridad, adoptando la misma denominación que tenía en su ciudad natal. La Hermandad tenía sede en la iglesia de San Juan Bautista, vice-parroquia y curato de naturales. Cumplía la función de enterrar a los muertos abandonados en las calles.

La autoridad real insistía en el funcionamiento del hospital. En 1733 la población de Buenos Aires ascendía a 7500 personas y, ante la falta o escasez de médicos, solicitaron que les fuera permitido traer a varios padres betlemitas, que habían adquirido prestigio en América atendiendo a los enfermos. La respuesta, como tantas otras, tardaba en llegar. De ahí que en 1738 el Cabildo volvió a insistir en esto. ¿Quiénes eran estos sacerdotes? La comunidad había sido creada en Guatemala en 1660 por Pedro de San José de Betancourt —o Bethencourt o Betancur— en la isla de Tenerife.

Pedro de Bethencourt era descendiente del virrey de Canarias, Juan de Bethencourt. Un acaudalado comerciante lo llevó a Madrid y allí oyó hablar del Nuevo Mundo. Así, en cuanto pudo, se embarcó y llegó en 1651 a Guatemala. Tenía 24 años. Ayudaba a quien podía y comenzó a manifestarse en él la vocación religiosa. Así, a los 28 años ingresó al colegio jesuita de San Francisco de Borja, para estudiar gramática y latín, sin dejar su trabajo de tejedor. Despertaba por ello mucho respeto y lo llamaban "el señor Don Pedro". De manera inexplicable convirtió el Calvario de la iglesia de San Francisco en su casa y allí recibió el hábito de "terciario franciscano". Su acción caritativa lo fue rodeando de un halo singular y lo llamaron "el San Francisco de Asís de América". Vestía un hábito más corto que los religiosos de la Orden, sin casulla y una campanita en la mano. En el Calvario —que es hoy un santuario— levantó la enfermería donde atendía a aquél que lo necesitaba. Esa sería la iniciación del "Hospital de Belén" y cuna del nacimiento de los Hermanos Betlemitas. Pedro de Betancur quiso llamarlo así por su devoción al misterio del nacimiento de Cristo. Por ello celebraba con grandeza la fiesta de la Navidad, preparando el "belén" o nacimiento.

Se cuenta que mientras se encontraba levantando el hospital, alguien le regaló un mulo muy chúcaro, al que todos temían acercarse. Pedro de San José se le acercó sin miedo y le dijo: "Sabé, hermano, que venís a servir a los pobres". Y el animal se aquietó y por siempre ayudó a acarrear los materiales para construir el edificio. Cierta día de lluvia el mulo se mojaba, entonces Pedro le dijo: "Quítate de ahí, hermano, ¿no ves que te mojas?", a cuyas palabras el mulo se protegió debajo de una galería. Innumerables son las anécdotas que podríamos relatar para ustedes y conmoverles el corazón. Es que el Hermano Pedro socorría a toda criatura de Dios cuando ésta lo necesitaba. En el hospital curaba también a los animales, a los perros y hasta una vez a un ave de rapiña a quien unos muchachos ha-

bían maltratado. Tenía el don de ver la profundidad de las cosas. De espíritu sano y alegre, iba en las procesiones delante del Santísimo revoleando su capa como una bandera, dando saltos y cabriolas y, bailando, movía al compás brazos y pies cantando canciones que él mismo componía:

*A todas las aves
convido a danzar,
que aunque tengan alas
no me han de ganar.*

Al parecer no pensó nunca en fundar una "Orden de los Hermanos de Belén" y murió en 1667 sin haber sabido que el Papa Inocencio XI elevó su obra al rango de Orden Religiosa, en 1687. Su sucesor, Fray Rodrigo de la Cruz, escribió las Constituciones de la Hermandad Betlemitica o "Compañía de Jesús" —como se la quiso llamar—. En 1980, el actual Papa, Juan Pablo II lo beatificó.

Los sacerdotes de esta Comunidad eran llamados belernos, betlemitas, bethlemitas (por Bethlehem, en hebreo). Además se los llamaba "barbones" pues era condición que debían llevar largas barbas; según el Padre Florián Bauçke, recibían también el nombre de "bernardinós". Su hábito era de color pardo, semejante al de los capuchinos, distinguiéndose solamente por el cinturón que era de cuero, y una medalla pectoral que representaba el Nacimiento de Jesús.

La tramitación para que llegaran al país tardó veinte años en concretarse, recibiendo a fines de 1745 a cinco sacerdotes que provenían de "Nuestra Señora de Bethlehem" en Potosí. Para recibirlos el Cabildo invitó a toda la población y ordenó: "A los vecinos de la Calle por donde se an de conducir dhos Padrez a su Ospital la limpien Cuelguen y Aseen, lo mejor que se pueda..." Si bien es cierto que no eran médicos recibidos en Universidad alguna, tenían los conocimientos necesarios y habían aprendido mucho de los indígenas del Perú que utilizaban sabiamente las yerbas y que tanto aportaron, con sus conocimientos médicos y la elaboración de drogas, a la culta Europa. Los betlemitas prestaban excelente servicios en México, donde estaban a cargo de nueve hospitales y en el Perú habían dirigido veintidos.

Así, en 1748, el Hospital San Martín les fue entregado completamente por el entonces gobernador don José Andonaegui. Se realizó previamente un inventario. Para ello se nombró una Comisión formada por Juan de Narbona, el agrimensor Juan Antonio Guerrero, el arquitecto Antonio Masella y Francisco Rodríguez de Vila, alcalde de primer voto. Fray José de la Cruz recibió los bienes y se firmaron las actas correspondientes. En ellas se especificaban las dimensiones de la manzana —109 por 88 varas—, la enfermería —36 x 7 varas— y la iglesia del Santísimo Sacramento que medía 34 varas por 8 y 5 y media de altura.

El hospital se sostenía con rentas de la iglesia y también con el gravamen de un pe-

so que soportaba cada vasija de aguardiente que venía de Cuyo. Los padres no tenían sueldo —hacían voto de pobreza— y con las limosnas obtenidas y una buena administración llevaban adelante al Hospital. No sólo atendían a los hospitalizados sino que también recorrían los hogares prodigando su caridad. El hospital se convirtió en Hospital General, pasando a llamarse “de Santa Catalina, Virgen y Mártir”, y así persistió hasta 1822.

Cuando en 1767, por orden del rey Carlos III fueron expulsados los jesuitas de todo el territorio español, debieron dejar no sólo la iglesia de San Ignacio, el Colegio Máximo y “La Residencia” o “Colegia” que consistía en una Casa de Ejercicios Espirituales para hombres y una iglesia anexa, en el hoy barrio “San Telmo” —sobre todo lo cual nos detendremos en explicar más adelante— dado el estado ruinoso en que se encontraba el Hospital de Santa Catalina, los betlemitas pidieron permiso al Cabildo para trasladarlo a la Residencia, edificio que estaba ubicado al costado de la Iglesia que no habían alcanzado a terminar los jesuitas, sobre la hoy calle Humberto I y Balcarce.

Mientras el pedido de permiso seguía

EL PIQUETE DE ALCARAZ

Cuando el viejo Hospital de Santa Catalina dejó de funcionar, se instaló allí el cuartel de la “Partida Celadora”.

Desde aquellos primeros Alcaldes ordinarios —Antonio Fernández Barrios y Julián Pavón en 1589— fue siempre preocupación para la administración de la ciudad, organizar su vigilancia. En la historia aparecen las Hermandades, con sus Alcaldes, que defendían intereses comunes realizando tareas de policía rural o de campaña en la provincia de Buenos Aires. Pero los Alcaldes no alcanzaban a dar cumplimiento a todo lo que requería atención. Entonces, se organizó la “Partida Celadora”, poniendo al frente a Francisco González, por haberse destacado como Alcalde de Hermandad. La asignación la hace el virrey Olaguer y Feliú de acuerdo con el Cabildo en 1799, asignándole un sueldo de 500 pesos “para que cele sobre la seguridad y tranquilidad de esta ciudad y su campaña”. Pero en 1806, complicado por favorecer la fuga del general inglés Beresford, huyó abandonando el puesto. En reemplazo fue designado Francisco Ramírez, cabo del cuerpo de Blancos quienes se desempeñó eficazmente,

los burocráticos trámites, el estado del Hospital Real era ruinoso y había que “entablar la nueva obra que piensa para la comodidad de los pobres enfermos”. Los padres deseaban dar capacidad a 200 camas; para ello había que edificar otras salas y lo que se cobraba sobre las botijas o barriles de aguardiente no alcanzaba, pues con la implantación del libre comercio —1778— la gente prefería la mercadería que venía de España, pues era más barata que la que venía por tierra a Buenos Aires. Tengamos en cuenta que la plebe y los negros consumían mucha aguardiente.

El permiso llegó en 1795. Así, con el nombre de “Hospital General de Hombres” se instaló en La Residencia en el año 1800. Según Azara la población de Buenos Aires era de 40.000 habitantes.

El “de Santa Catalina” quedó como hospital de urgencia y funcionó hasta 1822. Luego de este año, la iglesia y los edificios que daban sobre la calle “Santo Cristo” —hoy Balcarce— se destruyeron. Sólo quedó el amplio local sobre la calle Méjico y aún subsiste sobre el número 346 el antiguo portal y los muros de ladrillos grandes, coloniales, y de un metro de espesor. Es fácilmente reconocible pues es entrada del “Garage Argentino”, en cuyo frente leemos: “Fundado MCMX”.

eligiendo con rigurosidad a los soldados y, por tal, ascendido a capitán en 1809.

Producida la Revolución de Mayo de 1810, Ramírez siguió desempeñándose, con los inconvenientes propios del momento que se vivía. La Partida estaba compuesta por 35 hombres ubicados para vigilar lugares importantes y también destinados a patrullar la ciudad. Sus armas eran el sable y un “arma corta de chispa”. Envuelto en los sucesos del 8 de octubre de 1811, Ramírez fue detenido y dejado cesante, en tanto que la Partida cayó en el abandono, con la consiguiente queja de los vecinos.

Así, ante su necesidad, se reorganizó con el nombre de “Partida Celadora de Policía”, en 1814. Al frente estaba el capitán de Urbanos, don Rafael Alcaráz, que se había desempeñado como Alcalde y que, por sus condiciones morales, era famoso. Como Ramírez, él elegía sus hombres. Los seleccionaba evitando que entraran en sus filas los “vagos y mal entretenidos”. Así, en 1822, asentó su cuartel en el edificio dejado por el hospital. Nace, entonces, el cuerpo de “peoneros” de Policía, que sólo dura un año. Estaba compuesto por las secciones

de infantería y de caballería.

En 1823, por decreto de don Bernardino Rivadavia, se creó el cuerpo de “Celadores”, destinándose ocho de ellos a cada comisaría. En realidad, son los antecesores de los “vigilantes”. En 1830 se crearon los celadores a caballo y en 1831, Rosas creó un escuadrón de caballería auxiliar de la policía.

Más tarde se instaló un cuartel de infantería y luego el batallón de infantes llamado “del Restaurador de las Leyes” o “Restauradores”. Su primer jefe fue el general Felipe Alzaga. Era un cuerpo integrado en buena parte por morenos, como los comandantes Roque Narbona y Manuel Barbarín.

Luego el caserón fue destinado a guardar carros de limpieza. En las postrimerías del siglo XIX se levantó en parte de su terreno, la Casa de la Moneda.

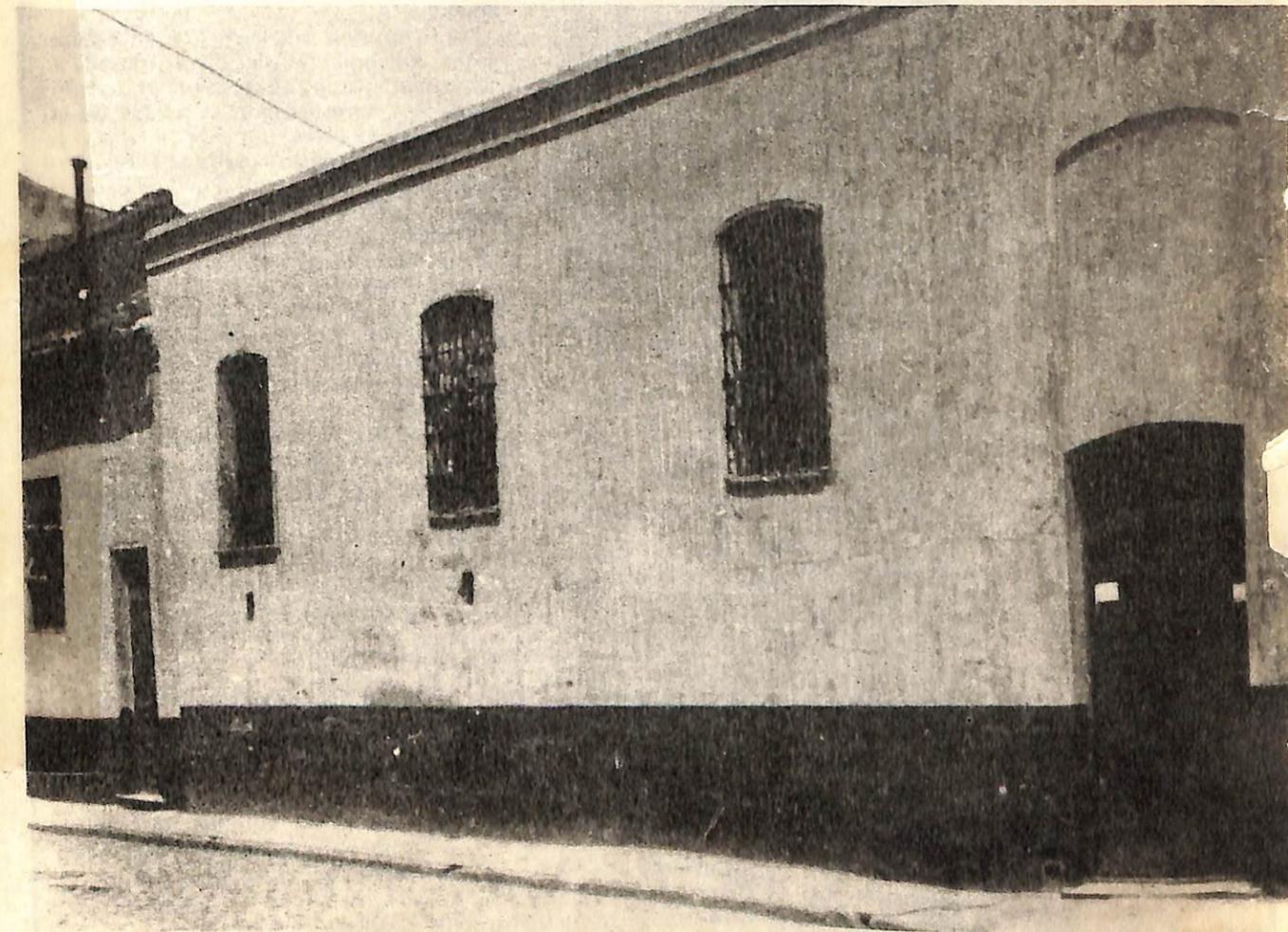
El gobierno de don Juan Manuel de Rosas y la creación de la Casa de la Moneda están relacionados. La Casa de emisión de metálico se había inaugurado en 1826 en el Consulado y continuó hasta 1831. Allí se imprimió la primera moneda de cobre que circuló en la provincia.

Es interesante recordar que al crearse el Virreinato del Río de la Plata, en 1776, Potosí, donde existía la Ceca, quedó incorporada a sus dominios. Allí se acuñaron las

primeras monedas de las Provincias Unidas —1813 y 1815— pero cuando por motivo del desastre de Sipe-Sipe se perdió Potosí, con ello se perdió, también, la Casa de la Moneda. Como consecuencia, se produjo el problema de la provisión de numerario metálico y la necesidad de “amonedación”. En esos momentos de anarquía, mientras las provincias de Córdoba, Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos y luego Tucumán y La Rioja tenían su propia moneda, Buenos Aires se manejaba con billetes amortizables admisibles en la Aduana. Los billetes que se emiten tienen el carácter de papel moneda y logra emitir su primer moneda, acuñada en Birmingham, Inglaterra. Recién en 1826 se acuñan en Buenos Aires, en un edificio que se acondicionó en los fondos del antiguo Consulado que tenía su frente sobre la calle “Catedral” —hoy San Martín— número 137, donde se encuentra el Banco Central.

La historia de la Casa de la Moneda bien puede dividirse en períodos claramente definidos en su evolución. Pero en cuanto a nuestro tema específico, diremos solamente que reinició sus actividades en febrero de 1881 en la misma manzana que había sido ocupada por el hospital, y sobre el nuevo edificio, a la calle Balcarce. Su primer tarea fue acuñar monedas de oro y plata y más tarde de cobre. En 1893, a pedido de la Caja de Conversión, el Poder Ejecutivo

Antigua casa en Defensa 389 (AGN)





Casa de la Moneda
Febrero 1918
A.G.N.

vo ordenó por Ley 3.505 la renovación total de la moneda circulante, con el objeto de unificar la emisión de billetes. Recién en 1896 se iniciaron los estudios relativos a la impresión de los billetes, emitiéndose siete tipos de billetes de distinto valor. Considerando que el billete nacional debía fabricarse en un establecimiento del Estado, se pensó utilizar el material y los elementos existentes en la Casa de la Moneda, para hacer su impresión y renovación de los papeles deteriorados. Los grabados y el papel se contrataron en Europa.

Es dable advertir la disparidad arquitectónica entre los dos edificios que ocupó la Casa de la Moneda. Al de la calle Defensa y México le podemos asignar una antigüedad de 120 años, en tanto que el de la calle Balcarce fue construido hace un siglo.

Sobre Defensa 628, una pared baja de mampostería rematada en rejas separadas por pilares, limita el pequeño jardín. A ambos lados de la puerta principal se hallan ahora dos palmeras (*Phoenix Canariensis*). El edificio en sí consta de dos plantas muy altas, separadas por una fuerte moldura trabajada con friso con representaciones de flor de lis y un símbolo clásico.

La puerta, de madera a dos hojas, se halla en el cuento enmarcada por pilastras simples y por columnas adosadas al muro, semicirculares, pareadas, de fuste acanalado. Sobre la puerta un balcón, a nivel de la fachada, con baranda de balaustre. Ese balcón se halla coronado por un tímpano triangular, sin decoración, también se halla flanqueado por columnas pareadas y capitel con hojas de acante. Debajo de la cornisa superior, un friso; sobre ella se apoya el balaustre de la terraza que corona el edificio. A ambos lados de la puerta hay ventanas con guardapolvos de doble moldura saliente. En todo hay un gran lenguaje de simetría.

Todo ello es un claro exponente de la influencia italiana en edificios de esta naturaleza.

El patio central es cuadrado y está rodeado por una galería con arquería elevada sobre el nivel del piso del patio, a damero

con baldosas blancas y negras.

En esta sección de la Casa de la Moneda, se encontraban las oficinas, diversas cajas fuertes y —sobre todo— la bóveda donde se guardaba el tesoro en metálico.

En 1919 se hicieron obras de ampliación de Obras Sanitarias y en 1925 se instaló un sistema contra incendios.

Sobre la calle México 350 se halla el antiguo portón de servicio de la Casa de la Moneda. No bien se lo traspone, a nuestra derecha se advierte el recinto donde se incineraban los billetes que se retiraban de circulación. Sobre la rampa aún subsisten los tirantes de hierro que servían de sostén a las roldanas para la descarga del papel. Un poco más al interior, una boca circular —tapada— conduce a lo que fueron calabozos —antiguas mazmorras— ubicadas debajo del edificio.

El 15 de octubre de 1877, por Ley 911, se proyectó el edificio de la calle Balcarce 677, que se construyó entre 1879 a 1881 bajo la dirección del ingeniero Eduardo Castilla del Departamento Nacional de Ingenieros. Era Presidente de la República el Dr. Nicolás Avellaneda.

La fachada, sin ser de una estilística pura, responde a lo que dio en llamarse "arquitectura del ladrillo", tan usada en Inglaterra, y por los ingleses en nuestro país. Esta arquitectura no permite grandes modulajes; hay más ventanas, más vacíos que sobrelenos. Los techos son vigas de hierro y bovedilla.

Los ladrillos empleados llevan estampados los nombres de "San Isidro" y "Campana" porque allí se habían instalado los hornos, aprovechando la calidad de la tierra en esos lugares.

En nuestro país, a partir de 1860— todo lo que hace a construcciones de equipamiento: galpones, estaciones de ferrocarril, mercados... tuvo una gran influencia inglesa, aunque la mano de obra fuera italiana en su mayoría.

El edificio de la calle Balcarce, si bien es cierto que tiene la misma altura que el de la calle Defensa, tiene tres pisos. Esto se explica en razón al desnivel existente entre ambas calles.

También la Casa de la Moneda dejó de funcionar en el lugar —1944—, entonces el edificio fue destinado a una dependencia del Ministerio de Trabajo y Previsión: la Dirección Nacional de Servicio de Empleo. Tenía por finalidad informar a los empleadores que querían contratar personal de cualquier actividad. Los aspirantes se inscribían y allí se les encontraba trabajo. El servicio era gratuito.

En la actualidad se lo está reacondicionando en su totalidad para instalar allí el Archivo General del Ejército que ahora se halla en la calle Azopardo. Sobre la calle Defensa se establecerá el Instituto de Estudios Históricos del Ejército, una biblioteca y un museo que tendrá por finalidad agrupar todos los exponentes históricos que se hallan en las distintas unidades y en distintas localidades del país.

EL TERCERO DEL SUR

Al cruzar la calle Chile podemos decir que estamos en jurisdicción de "San Telmo". Es que a partir de la calle "de San Andrés"—hoy Chile— desde sus primeros tiempos. "La Trinidad" se expandía hacia el sur... más al sur de la "orilla" derecha del Tercero, entre la ribera del río y el Alto de San Pedro.

El barrio "del Alto" era un barrio orillero. Junto con el barrio de "San Juan" al oeste y el de "San Nicolás" al norte, nació como un arrabal de Buenos Aires.

La apenas mesetita donde se había edificado a Buenos Aires, estaba surcada por numerosos arroyos. A tres de ellos se los llamó "Primero", "Segundo" y "Tercero" y por ser este último el mayor, se dio a los otros dos la denominación genérica de "Terceros".

El "Tercero del Norte" era llamado "Manso". Nació en una laguna que había a la altura de las calles Viamonte y Saavedra —hoy barrio Balvanera— y también se surtía de otras lagunas situadas más al oeste, unidas todas por un extenso bañado. Después de varias vueltas corría por la calle Saavedra y su continuación, la calle Paso, continuaba por detrás de la Recoleta para desaguar en el Río de la Plata a la altura de la calle Austria donde hoy se encuentran los estudios de televisión.

El "Tercero del Medio" se formaba en los alrededores de la Plaza Congreso y después de varios zig-zag enfilaba por la calle Viamonte formando un bañado en lo que hoy es la plazoleta donde se levanta el monumento a Dorrego del escultor Rogelio Yrurtia. Desembocaba en el Río de la Plata por el "Zanjón de Matorras", que seguía el trazado de la hoy "Tres Sargentos".

En cuanto al "Tercero del Sur", se formaba en las proximidades de la hoy Plaza Constitución, donde convergían las aguas que procedían del "hueco de los Sauces", un poco más al oeste y también las de "la Convalecencia", hacia el sur. Ya en la Plaza Constitución se formaba un riacho que se escurría por las calles Brasil, Piedras y Chacabuco, atravesaba la manzana de Cochabamba y San Juan; de allí cruzaba Perú hasta "Comercio"—hoy Humberto I— a la altura del 500, cruzaba la otra manzana y el riacho salía por "Europa"—hoy Carlos Calvo— casi esquina "Universidad", —hoy Bolívar—. Por el medio de la manzana pasaba Independencia y a la mitad de la manzana siguiente torcía a la derecha y tomaba por la hoy San Lorenzo y desembocaba en el río.

En este último tramo, cuando el Tercero del Sur constituía el límite natural de

la traza de la ciudad, era un zanjón que tomó diversos nombres de vecinos. En 1791 aparece con el nombre de Gregorio —o Goyo— Viera; después se llamó "Cañadón de Granados", un poblador que había hecho fortuna vendiendo pasteles.

A causa de ese "torcer a la derecha", el arroyo formaba un recodo en el cual los vecinos habían construido un puente llamado "del Hospital", porque en la manzana anterior se hallaba el "Hospital San Martín", o "de Granados", de acuerdo al nombre del vecino. El puente permitía que aquéllos que iban o venían del puerto, los que proveían desde el sur los alimentos a la población y los visitantes, utilizaran con asiduidad este puente. Era costumbre que cuando llegaban altas autoridades —civiles, militares o eclesiásticas— lo hicieran por la "Calle del Puerto" o "Real", con toda su comitiva hasta llegar al zanjón. Al trasponer el arroyo se acostumbraba levantar un arco adornado con ramas y gallardetes. Con ello se quería simbolizar que allí estaban las puertas de la ciudad y era en ese lugar donde los alcaldes y regidores daban la bienvenida y también se entregaba la "llave" de la ciudad. A lo largo de la calle todas las casas se adornaban con tapices y ramas en las ventanas. Así fue recibido por ejemplo, el gobernador Diego de Góngora, en 1617, y en esa ocasión se le presentó "un caballo y una silla para que hiciese su entrada en la ciudad". Luego toda la comitiva, con su largo cotejo de caballería seguía por la calle "Real" o "de San Francisco", ante la presencia y saludos a distancia del vecindario y los repiques de las campanas de Santo Domingo y San Francisco.

Toda la zona sobre la "orilla" derecha del arroyo comenzó a poblarse hacia 1715. Como el puente era de madera y se pudría siendo en más de una ocasión, arrastrado por la corriente, se producía el aislamiento del sur con el norte. El arroyo cortaba el paso en la calle "Real". Por esta razón, las angostas aceras sobre el cauce del Tercero tenían 1,20 de altura, constituyendo un tajamar que los vecinos conservaban lo mejor que podían y para propio beneficio.

El zanjón constituyó siempre un motivo de preocupación; con el andar de la vida de la ciudad se había convertido en un vaciadero de basura y de aguas estancadas, razón por la cual, aproximadamente por 1870 fue cegado. Constituyó una de las preocupaciones de don Torcuato de Alvear los "terceros", que se habían convertido en cauce para las aguas de lluvia y servidas, que interceptaban las comunicaciones en la ciudad y poblaban el aire de malos

Mapa de Felipe Bertrés.
 Año 1822, dedicado a
 Bernardino Rivadavia.
 Como dato curioso se
 indica con una flecha el
 sentido de la corriente del
 Río de la Plata, y una
 mujer que viste gorro frigio
 y pica simboliza a la patria.
 Para nuestro especial
 interés se puede apreciar el
 cauce del Tercero del Sur.
 A.G.N.

Calle Chile del 341 al 345
 A.G.N.

olores. De esta manera, el límite natural entre San Telmo y el centro se fue diluyendo "como mancha de aceite sobre la extensa geografía de Buenos Aires", dice Manuel Augusto Domínguez en "Mi barrio fue así".

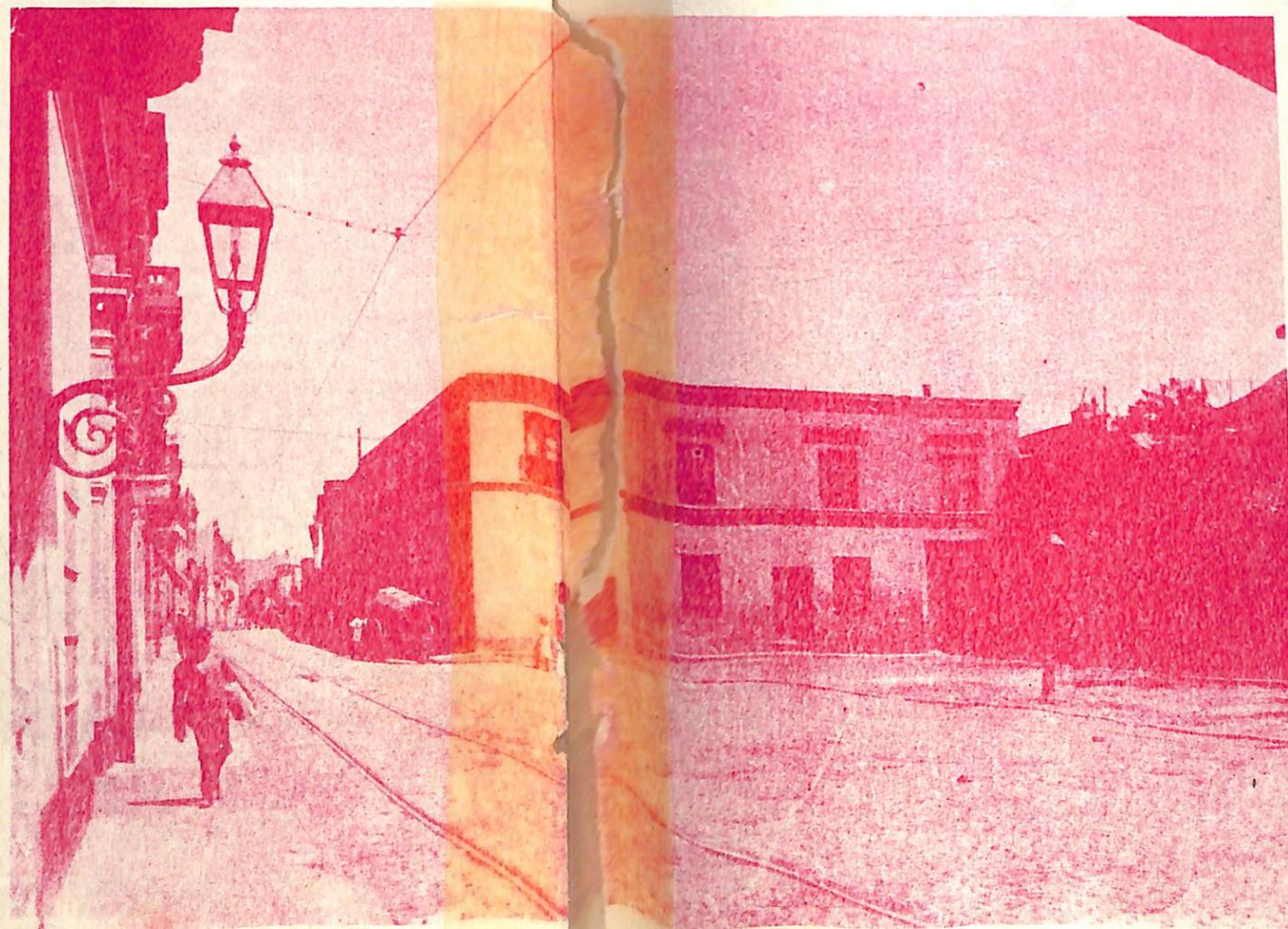
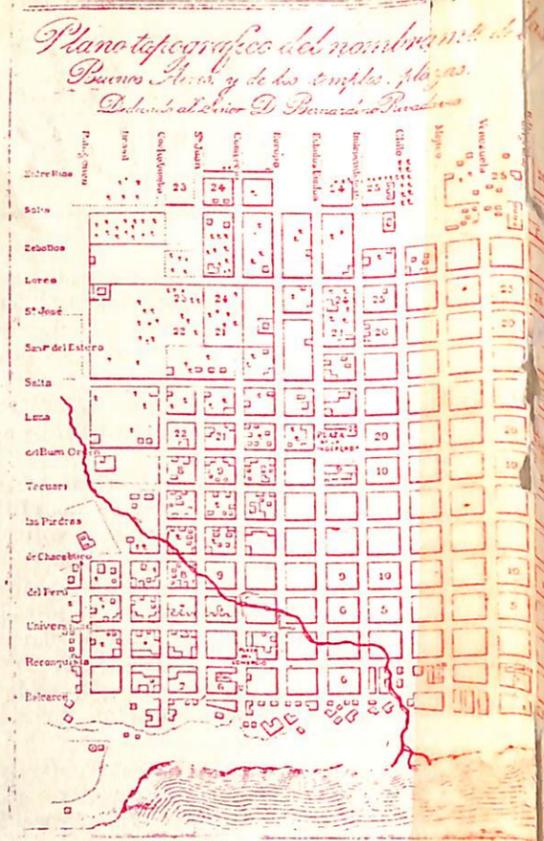
En la esquina de Defensa y Chile la edificación respetaba allí la disposición de solares que ya hemos marcado en nuestra foto No. 7 que reproduce un plano del año 1831. La foto rescatada por el Archivo Gráfico de la Nación es bien elocuente.

Como elemento por demás llamativo se presenta la instalación de un farol sobre la pared. El último gobernador colonial de Buenos Aires, Juan José de Vértiz —quien después fuera segundo virrey en el Río de la Plata— en su deseo de hacer más claras las noches de Buenos Aires, en 1775 interesó a la población para que colocara faroles, nombrando un "Comisario de Faroles" que tenía que contabilizar y dividir el gasto que se ocasionara al encender los faroles de la cuadra, pues cada vecino pagaba "según sus posibles". Como generalmente las esquinas estaban ocupadas por negocios y pulperías, allí siempre había un farol. También, generalmente, el pulpero era el encargado de colocar el aceite o las velas y limpiarlos. Los primeros faroles eran apenas un armazón de madera y para proteger la lumbre se colocaba papel, pues el vidrio escaseaba. Se los llamaba "fogariles". Después de 1810 los faroles eran alargados y estrechos; en su interior estaba la vela de "sebo" o de "baño" que se encendía mediante una mecha. A medida que se consumía la vela, los pequeños vidrios de los faroles se opacaban por el humo. La luz era entonces mortecina. Como generalmente se los prendía al toque de la oración, a las diez de la noche ya estaban extinguidos. De manera que las calles de Buenos Aires siempre estaban en sombra.

*No supe de luz eléctrica
 ni de gas, ni acetileno;
 que sólo alumbró una lámpara
 mis horas de pequeño.
 En la cocina un candil
 cuando no vela de sebo;
 mariposilla de aceite
 velando noches de enfermo.
 Se vivía a media luz
 en el barrio de San Telmo.
 En sus solares vacíos
 pronto salía el silencio
 con un dedo sobre el labio
 imponiéndonos respeto,
 y detrás suyo venía
 —frotándose las paredes—
 un gigante farolero
 que en cada mecha ponía
 un mendruguito de fuego.*

Vizconde de Lazcano Tegui

En 1930 el intendente José Guerrero retiró los faroles de la ciudad ante el avance de la luz eléctrica.



Farolero limpiando el farol. Año 1903. (AGN)

EL BARRIO ORILLERO

Al sur de la calle Chile, las casas de época han desaparecido o están ruinosas. La escenografía ha cambiado en esta sucesión de restaurantes o "casas para escuchar música". Todo promueve a una atracción turística. Es el tiempo que todo lo cambia. No obstante la historia participa y es el alma de este barrio. El equilibrio entre la ciudad vieja y la actual no se ha perdido y se conjuga entre el ocio y el trabajo. La familia duerme cuando las oscuras calles se pueblan de ruido diferente.

La población de San Telmo, que había comenzado por ser de gente humilde, generalmente ocupada en tareas de acarreo en el puerto, se caracterizó durante el gobierno de Rosas, por estar constituida en su mayor parte por gente de arraigo, honrados comerciantes minoristas y estancieros que labraron un buen porvenir para sus descendientes. Podemos decir que esa población se hallaba congregada en un radio de quince manzanas comprendido por las calles Belgrano, Chacabuco, Rivadavia y Defensa.

En cuanto a la población de raza negra era mínima en San Telmo. Vivían en el barrio en carácter de esclavos. En cambio en Montserrat, San Nicolás, La Concepción y Balvanera la circunstancia cambiaba y los negros formaban un núcleo mayor.

El poblador nativo estaba en desproporción porque el proceso vegetativo del crecimiento demográfico —los nacimientos— era inferior al producido por la llegada constante de extranjeros que venían atraídos por la promesa de esta tierra. A partir de 1845 comenzaron a afluir núcleos de italianos que se ubicaron en La Boca, o sea, San Pedro y también en La Boca, o sea, en ambos casos, cerca del puerto y del Riachuelo, donde desempeñaban sus tareas de carga y descarga. Así, según los documentos registrados en el archivo de la parroquia de San Telmo, entre 1845 y 1870, el 75 por ciento de la población era genovesa y el dialecto genovés se hablaba tanto o más que el castellano. Como acotación recordemos que Leonardo Griveo fue el primer genovés que llegó a estas playas con Mendoza en 1536, y León Pancaldo lo hizo en 1538.

Juan Manuel de Rosas distinguió a los italianos por su laboriosidad trabajando en los barcos o construyendo edificios. En su casa de Palermo, su ama de llaves a quien todos llamaban "Lasagna", era genovesa y en 1845 nombró a Miguel Picasso como cónsul de la República en Génova.

Los italianos eran buenos católicos y los genoveses que habitaban el barrio "del

Alto" cumplían con sus deberes espirituales en la iglesia de Nuestra Señora de Belén, asiento de la parroquia de San Telmo.

Durante los años posteriores a 1870 las familias importantes se trasladaron del sur de la ciudad al norte, un poco por el peligro de las epidemias y otro porque su situación económica les permitía cambiar sus viviendas de una sola planta por edificios más importantes, donde comienzan a jugar los distintos estilos arquitectónicos, que les permitían mayor ostentación de su riqueza.

En Defensa 375 puede verse una construcción —antigua casona construida en 1885— cuyos cuartos distribuidos en tres cuerpos, planta baja y dos pisos, constituyen hoy un grupo habitacional. Anteriormente se lo conocía como el "Conventillo de la Paloma" y era una de las tantas casas de inquilinato que solucionaron a mediados del XIX el problema del hospedaje para los inmigrantes que venían atraídos por la promesa que América representaba y que, al no encontrar posibilidades de afincamiento en el campo, optaron por permanecer en Buenos Aires. La palabra "conventillo" la encontramos en una carta que el Obispo fray Reginaldo de Lizárraga escribe al Rey en 1609 y que dice: "En Buenos Aires hay cuatro conventillos de Santo Domingo, San Francisco de Descalzos, la Merced y la Compañía, cada uno con dos religiosos". Esto sugiere que esos conventos eran pequeños en razón a la escasez de vocaciones sacerdotales, a pesar de su origen español y haber heredado las costumbres acendradamente religiosas. La palabra "conventillo" para designar las casas de inquilinato aparece en 1876 como un derivado de "convento" porque sus habitaciones son pequeñas, semejantes a las celdas de los monjes. En 1880, según censo realizado por Guillermo Rawson, en su "Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires", había en San Telmo 152 conventillos.

La denominación "de la Paloma", que éste tenía, hace referencia a la existencia en el inquilinato de alguna mujer linda, coqueta, de buen talante y de sonrisa cómplice. Alberto Vaccarezza se interesó por las imágenes que el conventillo daba y en 1929 compuso un sainete que tituló "El conventillo de La Paloma". Su inspiración no se basó en éste sino en uno que se hallaba en Villa Crespo —cuya construcción aún existe— en Serrano 148 al 158, a dos cuadras de la Av. Corrientes. Ese conventillo se conocía con el nombre de "Conventillo Nacional" y había sido edificado con ese fin.

El interior del edificio de la calle Defensa es laberíntico. En el primer patio ya

se ve un piso superior que no se distingue desde la calle. En el segundo y tercer patio hay planta baja y dos pisos; las habitaciones dan a largos balcones contruidos a bovedilla y allí es dable apreciar la abultada densidad de pobladores.

Formando telón con el pasaje San Lorenzo, en Defensa 755 subsisten las ruinas de una casa. Consta de dos plantas; la baja destinada a negocios y la superior a vivienda. Sobre la arquitectura del piso bajo no nos es dable decir nada. Ha ocurrido con esta casa como con muchas de las que se hallan hoy en Buenos Aires: la fachada ha sido "modernizada" y no condice en estilo con la del piso superior que conserva su origen. Es en esta sección donde podemos advertir como elemento principal un balcón central con baranda de herrería metálica, con guardas grecas y dibujos —o flores estilizadas en el medio. Se halla enmarcado en un doble juego de pilastras lisas y, a ambos lados, dos ventanas. La terraza se halla cerrada por baranda de hierro, cuyo diseño correspondería a un período anterior,

cuando la herrería, pasado el período colonial, comienza a tomar más movimiento: arquerías con columnitas.

Allí existió otro conventillo al que se conocía como el "de las 14 provincias". El nombre lo adquirió en razón a que en él habitaban provincianos. También en Belgrano 450 había existido un conventillo con este mismo nombre. La casa había pertenecido primero a los Monteros de Espinosa y luego de Constanzo. Tenía un hermoso pórtico de rejas voladas, artísticas balaustradas y un balcón sobre la puerta. Contaba cincuenta habitaciones que corrían a los costados del patio en el cual había un aljibe con brocal de mármol y arco de hierro forjado. Nadie podía prever cuál sería su destino después de tanto esplendor.

Volviendo a nuestra casa de Defensa 755 —actual— el viejo sótano suele inundarse; recordemos que por su ubicación podemos asegurar que se halla construida sobre el antiguo curso del Zanjón de Granados.

LA CASA "MINIMA", LA VIVIENDA DEL LIBERTO

Hemos mencionado el Pasaje San Lorenzo. "Es una callejuela quieta. Sin embargo, por ambas bocacalles el tránsito rueda y parece que la infla de viento y ruido..." "todas las casas son viejas, acomodadas y completadas de cualquier manera. De algunas terrazas y recovas se desbordan cataratas de glicinas y de ropas tendidas". Las dos descripciones apuntadas corresponden al sentir y decir de Baldomero Fernández Moreno en "Guía caprichosa de Buenos Aires".

La calle está empedrada de adoquines. En el 380 —antes 66— se halla la casa más angosta que conserva Buenos Aires. Su frente no alcanza los 2,50 metros —se dice que mide 2,17 m. Es bicentenario y Fernández Moreno la describe así: "Una fachada lisa, con una puerta a dos hojas en el medio pintadas de verde con cerradura y falleva de hierro, y el número en alto, como una flor en la solapa. Es de dos plantas. Exactamente encima hay un balconcito con barrotes verticales de hierro; detrás de la vidriera de dos hojas y las dos cortinillas iguales, pliegue a pliegue. A un lado del balcón un cacharro con geranio rojos, al otro lado otro cacharro con geranios rojos. En el intervalo, cuatro macetas. Y luego, la cornisa: un repulgo de argamasa. La casa se prolonga hacia atrás, pero parece sólo con esa habitación, con esa celda".



San Lorenzo 380. La "Casa mínima", apretada entre dos construcciones de diferente estilo.

A.G.N.

Este simpático abuelo negro fue esclavo de la familia Urquiza. Al conseguir su libertad, en 1852, tomó ese apellido, tal como acontecía con los negros liberados. A.G.N.

La "casa mínima" está hoy invadida de silencio desde que su único morador la deshabitara. Por sobre la cornisa del techo han crecido unas plantas y sus materiales viejos caen descascarados. Hasta el número que tenía —"como una flor en la solapa"— ya no luce; un candado y una pesada cadena cierran la casa como para siempre.

En general estas casas de reducidas proporciones eran para los esclavos libertos a quienes sus antiguos dueños les asignaban, dentro de su propiedad, un pequeño y reducido espacio para que levantaran su vivienda de hombres libres. Los espacios eran mínimos; las viviendas también. A la muerte de esos libertos la propiedad volvía a sus dueños originales, razón por la cual quedan muy pocos vestigios de estas casas.

Si bien es cierto que en 1539 —cuando Ruiz y Galán estaba a cargo del asiento fundado por Mendoza— fueron subastados los primeros negros que vinieron con León Pancaldo (Vicencio y Bastián), los esclavos africanos comenzaron a llegar en cantidad apreciable a comienzos del XVII. En duras condiciones entraron cerca de 5600 negros.

Adquirir muchos esclavos significaba que el que lo hacía era un hombre rico que no deseaba realizar ciertas tareas u oficios por considerarlos poco representativos. Invertía en la compra de esclavos para que ellos realizaran esos trabajos que podían ser de atención personal o el cumplimiento de tareas que reeditaban un buen ingreso. Así se les encomendaban oficios manuales y lo producido era para el amo; en el caso de las mujeres se las empleaba en tareas domésticas y se encargaban, a veces, de ofrecer en la plaza o a la salida de misa empanadas o fritos que hacían las señoras para lograr un ingreso. De ahí que los esclavos vivieron en Buenos Aires la vida de sus amos y fueron tratados amablemente y llegaron a adoptar su apellido.

No obstante, el principio de raza seguía existiendo. María de Villarino nos cuenta que en 1828 un pardo llamado Roque había conseguido una buena fortuna. Tenía una cochería y, además, daba clases de piano. Vestía elegantemente imitando, en cierta medida, a los personajes aristocráticos que él llevaba en su carruaje. Por tal razón, decidió comprar un título de "Don" en España. Pero sus clientes lo llamaban burlescamente "Roque-don" y fue tanta su desilusión, que ello le causó la muerte.

En 1806 y 1807 los morenos constituyeron el "Cuerpo de Negros esclavos" que, aunque armados de chuzas y cuchillos, se distinguió por su bravura junto a sus amos.

El modesto poema de Pantaleón Rivarola nos da el siguiente relato:

*"En una de las guerrillas
que por el Alto se hicieron,
fue atacado de improviso
por varios ingleses fieros
don José Domingo Urién,*



*tercer comandante nuestro,
y antes de tener lugar
de valerse de su acero
un atrevido bretón
a tiro le apunta cierto,
mas, cuando va a descargar
el duro e incendiado fierro,
y que nuestro comandante
se contaba ya por muerto,
un fiel negro que a su lado
le seguía, en este empeño,
con su pica atravesó
del inglés el duro pecho,
dejándole allí tendido
donde dio el último aliento.
Urién, que libra la vida
en un lance tan estrecho,
rebotando de alegría,
honor y agradecimiento,
dice a su libertador:
—Muchacho, búscame luego
en mi casa, que eres libre.
Estó dijo, pero el negro,
tan noble como valiente,
no se ha dado a conocer,
sólo con su honor contento
o quizás perdió la vida
en los combates sangrientos
que en estos días terribles
aquí y allá se ofrecieron.*

Recordando o recapitulando sobre lo dispuesto por la Asamblea de 1813, en 1833 los negros que habían nacido libres, tenían 20 años. Trabajaban y formaban las 'naciones' —Benguela, Mozambique, Angola... los casanches, los minas, los congos...— el objeto de esas "naciones" era de carácter mutualista: liberar con sus fondos a los que aún permanecían siendo esclavos, los que a su vez se comprometían a reembolsar la

cantidad de su rescate. También cuidaban de la educación de todos los jóvenes incorporados a la sociedad: dar herramientas para el trabajo, cuidar la conducta moral de los socios y hacer rogativas por los difuntos. Todas estas "naciones" tenían un mismo reglamento aprobado por el gobierno.

En la época de Rosas se convirtieron en candombes. La historia dice que el 25 de mayo de 1836, más de seis mil negros bailaron en la Plaza de Mayo, con el beneplácito del Gobernador.

Al incluir en este trabajo estos versos, rendimos homenaje a Pantaleón Rivarola, que escribió este romance para ser cantado entre gente común por las calles y plazas. Firmaba agregando a su nombre: "Fiel vasallo de Su Majestad y Amante de la Patria". Rivarola era abogado y sacerdote.

A causa de esta actitud valerosa de los esclavos, el Triunvirato con fecha 9 de abril de 1812 decretó que desde el 25 de mayo de ese año se prohiba absolutamente la venta de negros esclavos en el territorio de las Provincias Unidas y, los que arriben después de dicha fecha, serán declarados en libertad. Luego la Asamblea de 1813 decretó "la libertad de vientres" y la Constitución de 1816 los declaró libres.

Desde 1824 la trata de negros se consideraba como un acto de piratería, castigándose a los ciudadanos que se dedicaran a ese infame tráfico. Cuando Juan Manuel de Rosas organizó un censo de población en 1836, Buenos Aires tenía 62.228 habitantes, de los cuales 14.932 eran pardos y morenos. De ellos sólo 806 estaban radicados en San Telmo. Por la Constitución de 1853, en su artículo V fue abolida la esclavitud sin que ningún amo reclamara pago de esclavos.

Candombe
bajo la Santa Federación.
A.G.N.

BAILE DE MASCARAS

Nuestro título corresponde a una expresión del arquitecto Federico Ortiz quien al referirse a la arquitectura del liberalismo apunta sobre la disparidad de estilos y características diversas que presentan las fachadas de las casas de Buenos Aires, en una sola cuadra, como en el caso de la calle San Lorenzo. Vecina a la simplísima arquitectura de la "casa mínima", en el 374 —obra del arquitecto Santiago Agnetti— se halla una construcción de una sola planta y azotea que es un fiel exponente de la arquitectura del llamado liberalismo, donde lo francés conjuga con lo italiano, quedando de manifiesto el poder adquisitivo de su propietario en aquellos tiempos. Ya en 1871 la arquitectura había cambiado fundamentalmente. Era el estilo civilizado y culto que tanto postuló Sarmiento a la caída de Rosas. Para las dimensiones del terreno donde se encuentra la entrada es importante. Se accede a la casa por una puerta a dos hojas de madera, reja en el centro y postigos de vidrio que permiten que la luz natural pase al zaguán. Este se halla al costado de la casa a cuyo frente dan dos habitaciones principales con balcones de fina herrería de hierro forjado y barandal de bronce. Para pasar al interior es necesario ascender ocho escalones de mármol blanco que nos llevan al vestíbulo cubierto y de allí al primer patio. En cierta medida, aunque estas casas han variado su fachada, continúan siendo las clásicas de tres patios, con habitaciones corridas y no muy luminosas. En la fachada está el "gasto": son casas de fines de siglo, en donde se advierte el paso de lo italiano a lo francés. Buñas o cortes en la pared, balcones de hierro, elementos decorativos del Renacimiento y gran movimiento en el coronamiento del edificio y en los guardapolvos.

La casa vecina, San Lorenzo 372, es la antítesis de lo que hemos estado describiendo: Fachada de paredes lisas, sin decoración; en la planta baja dos ventanas demasiado pequeñas que aparecen en lo alto, pues la casa ha sido edificada en lo alto sin desmontar el terreno —como todas las de la cuadra—. En los dos pisos superiores hay un balcón que ocupa casi todo el frente, con baranda muy sencilla de hierro pintado. Su estilo puede corresponder al racionalismo.

Por tal razón tenemos que admitir que San Telmo no es un barrio arquitectónicamente colonial (ningún barrio lo es). En él conviven edificios de distintas épocas, con lo cual nos está diciendo que aún vive.

Caminando por San Lorenzo hacia Balcarce, en el 319 hay una casa que, aunque es fácil advertir que ha sido remodelada (en 1916), fue construida a fines del XVIII. Las paredes son de ladrillo de adobe. La

puerta de entrada da acceso al zaguán, cuyo umbral, así como las vigas del techo, es de madera muy dura, posiblemente de lapacho proveniente del norte. La casa debió haber tenido, antes de convertirse en conventillo, dos entradas laterales en el zaguán. Una de ellas daría al escritorio del dueño y la otra a la sala de recibo con muebles de buen tono y estrado.

No tiene puerta cancel. Al primer patio dan las habitaciones con puertas de madera y ventanas con rejas, algunas muy simples como las usadas en el período post-colonial y otras más trabajadas que han sido colocadas con posterioridad. Al invadir el patio, de paredes blancas, con gran profusión de plantas, es como estar en otro tiempo. A continuación encontramos un corredor que se va abriendo en sucesivos patios cada vez más angostos, con más puertas y ventanas.

El patio es un elemento que aparece ya en los comienzos de nuestra arquitectura.



Los que aún quedan son testimonios de un pasado irreversible y se hallan como ahogados entre las nuevas formas arquitectónicas. Según conceptos del arquitecto Jorge Berbery el patio nació como un espacio no construido y es el centro de todo su esplendor en nuestra arquitectura primera. No es meramente un espacio abierto, no es un sobrante; es un espacio real, pensado, que va a dar esa fisonomía particular a nuestra arquitectura. Era el ámbito de reunión de la familia, en el centro de la casa. Sólo le faltaba el techo, pero era un lugar seguro. En cierta medida equivalía al "atrio" de la casa romana en cuyo centro estaba el impluvio; al de Castilla, rodeado de columnas y al de Andalucía, con reminiscencias árabes. Lo conformaban la fragancia de las plantas con flores, del cedrón y la forma traslúcida de un parral o glicina. Allí se recibía a los íntimos, a las visitas de confianza y se les servía mate y bizcochos caseros. Si era verano, algún refresco preparado por la dueña de casa.

En su equipamiento aparece —1850— la puerta cancel, de fino hierro forjado, que le daba privacidad. Cuando alguna vez pasamos delante de este tipo de casas y miramos a través del cancel, en cierta medida estamos compartiendo el espacio inte-

rior.

Retomando lo expresado por el arquitecto Berbery, nuestra arquitectura pre-nacional, patriarcal, se apoya en el equilibrio entre los espacios cerrados y los abiertos, con un criterio sano al considerar como objeto primario de la arquitectura al ser humano y no subordinándolo a ella. Y, aunque nos sorprenda, éstas son las teorías más contemporáneas de arquitectura que se manejan en los campos universales, o sea, se redescubre para el ser humano el espacio abierto en compensación al espacio cerrado. Ya es jerarquía universal.

En el patio que nos ocupa si miramos hacia arriba, veremos insólitos pasillos aéreos, flanqueados por simples barandas de hierro que unen azoteas con galerías y balcones interiores. Cada cuarto alberga un taller: pintores, artesanos, ceramistas... son sus inquilinos. De ahí el nombre actual: "Galería de los patios".

En la planta baja, en la pared medianera del tercer patio se ve una arcada tapiada. Por ahí la casa se comunicaba con otra que se halla en la calle Balcarce. En cierta oportunidad, reparando un baño, se halló la entrada de un túnel. La razón de la existencia de los túneles en la ciudad de Buenos Aires, ha sido la de dotarla de una defensa "no vi-



Patio con parra - A.G.N.



Entrada a las numerosas galerías subterráneas. A.G.N.

sible" que, formando galerías y recintos, se conectaban formando una verdadera red que sólo era conocida por determinadas personas. Eran así como un recurso para soportar el ataque de los indios —si los hubiera— como de los piratas que merodeaban por el río y, también, para ocultar el contrabando. Los indios fueron una acechanza constante. Mientras unas tribus eran pacíficas, otras —como los tapes, minuanos y aucas— provocaban verdaderas depredaciones en el avance de la ciudad hacia la pampa. Así, en 1740, habían sufrido ataques Luján, Fontezuelos y La Matanza. En menos de dos meses se produjeron cuatro ataques sangrientos. Pocos eran los indios que convivían con el español. Otro peligro era el ataque de los corsarios. En 1610, siendo gobernador Francisco de Céspedes, se sufrió la amenaza de los corsarios holandeses, cuyas naves fondearon frente a la ciudad, pero luego levaron anclas y se fueron. Juan Drake, sobrino de Francis Drake, penetró en el Río de la Plata. Otro fue Tomás Cavendish... Y, si bien es cierto que las Actas del Cabildo de este período no se han hallado, y no hay certeza al respecto, en 1615 revelan que la piratería existió. En 1653, siendo gobernador Pedro Ruiz, se produjo un ataque francés. Hubo un combate y el Comandante francés, Lafontenay, perdió un barco. En 1680, José de Garro atacó a los portugueses que ya habían penetrado en Colonia del Sacramento. En esta misma época atacaron los dinamarqueses, quienes —al no tener éxito— escaparon a las primeras escaramuzas. A principios del XVIII, durante la gobernación de don Mauricio de Zabala se produjo otro intento francés al mando de Esteban Moreau, que desembarcó en las costas de Maldonado y Rocha, en la Banda Oriental. Moreau estaba ayudado por indios ribereños, pero Zabala lo alcanzó, derrotó al corsario y le dio muerte. Precisamente, la presencia de extranjeros ambiciosos fue una de las causas de la creación del Virreinato del Río de la Plata, el 1 de agosto de 1776.

Los túneles sirvieron, también, a los intereses de los contrabandistas. Recordemos que Buenos Aires, por ser el acceso al Alto Perú, era codiciado no sólo por los piratas, sino por los comerciantes que deseaban enriquecerse y, pese al empeño de sus gobernantes, se convirtió en centro del contrabando. Los túneles fueron depósitos clandestinos.

Es dable apreciar todo lo que estos patios sugieren, todo lo que nos permiten penetrar en el tiempo... Cuando en ellos se entonaban al compás de las guitarras los valsecitos de Esnaola, con letra de Esteban Echeverría. Por aquí estuvieron candombes y mazorqueros y fue escenario donde se lucharon los payadores.

No podemos fijar fecha de la aparición de los payadores. Lo cierto es que sus cantos, anónimos las más de las veces, se expanden por más de tres siglos. Eran cantos improvisados y, en rueda de paisanos, surgió el contrapunto: A aquel cantor solitario

le surgió el desafío de otro cantor. Allí ambos medían su talento, su rapidez, su imaginación y picardía. Es en la pampa el sucedáneo del trovador español. Tercia su guitarra a la espalda y con su caballo recorre los campos para detenerse, luego, a cantar. Ha acompañado a los ejércitos improvisando las coplas de los "cielitos". La mayoría de lo que se halla es producción anónima. Rafael Obligado rescató en ajustadas décimas la historia del Payador —con mayúscula— llamado Santos Vega y con ello logró que su espíritu siguiera viviendo en la pampa que lo vio nacer:

*Cuando la tarde se inclina
sollozando al occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena,
del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de su pena.*

En 1872, José Hernández con "Martín Fierro", alcanza el éxito del payador por excelencia:

*Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que al hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como el ave solitaria
con el cantar se consuela.*

LAS CALDAS

Esquina de San Lorenzo y Balcarce.

No vamos a señalar ni a puntualizar lo que guarda de historia la calle Balcarce hacia el norte. Nuestro rumbo es hacia el sur, transitando por ella como si lo hiciéramos por un pasadizo.

Sin embargo, nos detendremos un poco en esta esquina, pues en este lugar (al NE) se hallaba un ruinoso edificio destinado a hospedaje para mendigos y vagabundos. En sus comienzos la casona tuvo no menos de quince habitaciones, largos pasillos, cocinas y baños. Era de construcción sólida, levantada sin duda por quien contaba con buenos medios económicos. Había sido una fonda llamada "Caldas del Rey". Su dueño era un señor de apellido Saladillo, que era tan famoso por sus caldos que hasta el mismo virrey iba a tomarlos allí. Sabemos que la fonda se llamaba

Entre 1880 y 1890 se produce lo que dio en llamarse la "época de oro" de la payada. Ya no es el gaucho el que improvisa, ni son sus temas exclusivamente camperos. Aparecen los cantores de la ciudad —payadores nacionales— que cantan en los teatros, en los circos y en el comité político. Es la generación a la que perteneció Gabino Ezeiza, a quien llamaron "el Santos Vega negro" y también "El último Payador".

Ezeiza había nacido en San Telmo, el 3 de febrero de 1858; murió en 1916, a los 58 años. Ese día —12 de octubre— coincidió con la asunción a la Presidencia de la Nación por Hipólito Yrigoyen. Habían sido grandes amigos, al igual que con Alem. Yrigoyen se enteró de su muerte cuando salía del Congreso Nacional a la Casa de Gobierno y dijo entonces: "Pobre Gabino, ... El fue leal". Es que sus partidarios lo llamaban "el clarín de los radicales". Se estilaba que el caudillo o candidato electoral fuera acompañado por un payador, como atractivo y publicidad. Los comités se engalanaban con la presencia de los payadores y cantores que hacían arengas políticas improvisadas:

*Alem, que tu nombre sea
el que salve a la Nación.
Aquí está la muchedumbre,
te ve, te siente, te escucha:
¡siempre con tu eterna lucha!
¡siempre con tu clara visión!...*

En cuanto a Ezeiza, el escritor Elías Cárpena nos dice que estando en el "Café de los trovadores", en la esquina de Av. Rivadavia y Azul, en Floresta, la presencia de Joaquín V. González le hizo cantar:

*Has de mostrar alma mía,
todo, todo cuanto vales:
porque aquí en primera fila,
tengo a Joaquín V. González.*

*Lo acompaña un señor,
que el riojano tiene al lado,
alguien me escribe diciendo
que es un señor Diputado.*

*Saludo lleno de amor
al hijo de Nonogasta
que al estudio y al trabajo
jamás les ha dicho "¡basta!"*

*Canto al son de mi guitarra
pero nunca pensaría
que mi pagar tan humilde
un sabio lo seguiría...*

Su capacidad de improvisación no impedía que sus versos fueran perfectos en ritmo y medida.

Los restos de Gabino Ezeiza descansan en el cementerio de Flores.

Una calle de Villa Pueyrredón lleva, su nombre, al igual que un pasaje en Villa Devoto.

DEL REY

que, cuando reaccionaron de la sorpresa, entraron en la casa con sus mujeres e hijos e hicieron tal fiesta que duró tres días.

Esta es una de las tantas historias que se han tejido sobre ese lugar. La última surgió como consecuencia del hallazgo del jornalero Mauro Carrizo. En el mes de junio de 1978, mientras transitaba por el lugar, encontró envueltos en papel unos huesos humanos (fémures, sacros, occipitales y algo del esternón). En primer momento surgió la presunción que serían restos de soldados muertos durante las invasiones inglesas. Esta tesis se descartó, considerándose más acertada, por determinadas características, que se trataba de huesos utilizados por estudiantes de medicina que desaprensivamente los abandonaron en el lugar.

Un buen día los intrusos habitantes de la casa fueron desalojados. La carencia de elementos sanitarios imprescindibles, las pésimas condiciones de la casa y el estado de ruindad, obligaron a las autoridades a tomar esa drástica medida. Tiempo después lo que quedaba de la casa fue demolido y se construyó un tapial de acuerdo a la Ordenanza municipal para el tratamiento de baldíos.

así pues su nombre apareció en una antigua mayólica que se hallaba en el interior de la casa. En época de Rosas fue pulpería.

Se dice que allí vivió un hombre mayor, como ya hemos dicho, de apellido Saladillo, dedicado a la importación de especias. Era soltero. Un buen día decidió terminar con su soltería. Con excelente gusto encontró una hermosa mujer de condición humilde y se intercambiaron la belleza y el dinero. Bien pronto apareció un mozo forastero, buen guitarrero y de buen decir. Sucedió lo inevitable y ambos huyeron. No obstante, el idilio terminó pronto y la infiel esposa fue desdeñada. Fue entonces que el caballero español advirtió que a su muerte ella lo heredaría, pues estaban casados de buena ley. Próximo a morir hizo testamento ante escribano, por el cual dejaba como sucesores suyos a diez vecinos muy pobres

EL VIEJO ALMACEN

Balcarce e Independencia es una esquina sin ochava y marca el vértice SE del ejido de La Trinidad, fundada por Garay en 1580.

En esa esquina funcionó el Hospital Inglés hace —aproximadamente— 150 años. El hospital tuvo su remoto origen en la Sociedad Filantrópica establecida en 1827 con el altruista propósito de brindar ayuda a los súbditos británicos que llegaban al país. Se estableció allí en 1844 permaneciendo en el lugar por el término de tres años. Fue el primer hospital perteneciente a una colectividad extranjera en Buenos Aires. Lo dirigía el Rdo. Barton Lodge y, en 1848, el cirujano inglés John Mackenna aplicó el éter como anestésico a un paciente, procedimiento que un año antes había introducido el médico norteamericano Julio Tuksbury en Buenos Aires. En ese año —1848— pasó a la quinta de Wilde que estaba en las hoy adyacencias de Plaza Lavalle: en la manzana limitada por las hoy calles Viamonte, Uruguay, Córdoba y Talcahuano. En 1859 el hospital volvió a San Telmo —Bolívar y Av. Caseros— frente al Hospital Italiano, ocupando la casa del señor Wilson Jacobs, donde permaneció hasta 1880, año en que se trasladó al actual edificio de la Av. Caseros y Perdriel.

Volvamos a nuestra esquina. Cuando el Hospital Inglés se trasladó, el local fue utilizado como almacén de ultramar (“Orillas del Plata”). Luego, vinería al por mayor y menor. Después se instaló el restaurante “Volga”, atendido por sus dueños, un matrimonio ruso que brindaban música y bebida.

Hoy —desde 1968— es el recinto de “El Viejo Almacén”.

La arquitectura de la casa es muy simple. Buenos Aires hispánico no tuvo la donosura de otras ciudades del Nuevo Mundo. No contó con lujosas residencias, como en México, ni con los palacios de Lima, ni con las monumentales construcciones de Brasil. Nuestra arquitectura anduvo con lentitud. Fue una respuesta al medio en que esa arquitectura se realizaba. Sólo había tierra, cuero, paja o totora. La madera es escasa y —generalmente— de sauce. La piedra había que buscarla muy lejos y por esa causa no se usó. Como los elementos de que debió valerse —tierra, cuero y paja— no eran permanentes, desaparecían con la acción del tiempo. Pensemos cómo actuarían la lluvia y el viento en aquellas viviendas enmarcadas con cañas y cubiertas de paja. También los ratones y las hormigas realizaban su obra destructora y ante su proliferación, el Cabildo —en su sesión del 21 de noviembre de 1611— decidió nombrar dos patronos celestiales que los librara de esta plaga.

Ellos fueron San Judas Tadeo y San Simón, respectivamente. De ahí que Buenos Aires no puede presentar ejemplos de arquitectura “colonial”, que desapareció por esas circunstancias.

Las casas eran bajas; por una abertura que hacía las veces de entrada se pasaba directamente a la habitación principal después de levantar el cuero que servía de puerta. No había otro “reparo contra el viento que las tinieblas de la noche”, dice el R. P. Carlos Gervasoni, cuando se refiere a que no tenían puertas y usaban cueros como cortinas. “Apenas refugio de aventura, casi caverna de edades fabulosas”, según la expresión de Arturo Benjamín Carisomo... “Están construidas de enramadas y barro al estilo de los nidos de golondrinas”, apunta el R. P. Matías Stroebel, S. J.

Todos los historiadores coinciden en sus juicios. Todos coinciden también en afirmar que el mobiliario era “de gusto” y “de riqueza” desproporcionada con la vivienda: sobrecamas de damasco, tapices, arcones de Vizcaya, espejos de Venecia, cortinados de Génova, vajilla de plata labrada... pero la iluminación a candil de aceite o palmatorias arrojadas al muro. No obstante no todo era techo de paja en el XVII; a comienzos de siglo ya se habla de construcciones de ladrillos y techo de tejas que llegaban, probablemente, desde Córdoba, aunque su uso estaba restringido.

Las opiniones sobre la época en que se establecen los hornos de ladrillos son controvertidas con respecto al año de su instalación. José Antonio Wilde dice que el primer horno fue el de José Martínez de Salazar para construir el Fuerte y el segundo, por Ascona en 1675 o 76, para reedificar la Catedral. Pero lo cierto es que el 18 de noviembre de 1608 se le concedió el permiso para hacer “ladrillos quemados” a Fernando Alvarez en el horno de su propiedad ubicado “en el Alto”. En su solicitud pide que se le permita ocupar “un rinconcito que está atajado con el camino que va al Riachuelo y una barranquera que está robada de las aguas que está al cabo de los solares de esta ciudad, que por no haber ni hallar que tenga dueño se le pagará lo que dijeron las personas de sana conciencia”. En los planos trazados por el ingeniero José Bermúdez de Castro entre 1708 y 1713, aparecen indicadas sobre la barranca del río y en el sector del “Alto de San Pedro” las denominadas “Barrancas y Hornos de San Pedro” o “Fábrica de ladrillos del Rey”.

También se secan los ladrillos al sol —ladrillo crudo— como en Etruria, pero unidos con una mezcla de “cal de conchilla”. Las paredes así logradas eran revoca-

das para que la humedad no echara a perder el adobe o el barro y estiércol. Ese revoque era llamado “embolsado” cuando se hacía utilizando como fratacho un cuero de vaca o “castigado”, llamado así por el gesto que hacía el albañil al arrojarlo como si se tratara de un latigazo.

Las casas en el siglo XVIII eran muy sencillas, simples, de formas ingenuas, sin artificios porque eran una respuesta a las necesidades de la vida de la época (sencilla, simple, sin artificio...). Eso sí, no perdían belleza, aunque la ornamentación era nula o de gran parquedad. Tenían carácter artesanal pero conservando afinidad con las formas europeas del Mediterráneo.

Le Corbousier las llamaba “casas de hombres”. Eran blancas, a la cal, aunque se acostumbraba dar color ocre o azul a las pilastras. Las casas se apretaban unas a otras, lo que daba apariencia de gran densidad de construcciones, aunque la superficie edificada en cada manzana era reducida.

La construcción de “El Viejo Almacén” es ya del siglo XIX y pertenece a lo que da en llamarse período “post-colonial” y aunque en los primeros años del siglo el período hispánico continuó, se advierte la influencia de otros países europeos. Van llegando al país arquitectos como Tomás Toribio, Próspero Catelin, Felipe Senillosa, Pedro Benoit. En 1826, el ingeniero Carlos Enrique Pellegrini y el maestro de obras José Santos Sartorio rompen con las formas coloniales imperantes. Los techos con vertiente hacia la calle, generalmente de teja, son ahora planos, con azotea y baranda de hierro, a veces entre pedestales de ladrillos. Sobre estas azoteas podían construirse miradores. Aparece el coronamiento de las ventanas, elemento hecho de argamasa y ladrillo llamado “guardapolvo” y que puede ser de doble moldura saliente y siempre siguiendo la curva de la reja de arco escarzano —o sea cuando el radio es aproximadamente una vez y media el ancho total. Para las ventanas se hace más frecuente el uso del vidrio que reemplazó a los postigones.

Durante la época de Juan Manuel de Rosas las puertas se pintaban de rojo, pero la ciudad deslumbraba en blancura. El “ver-

de inglés”, como el de “El Viejo Almacén”, comenzó a usarse después de 1853 o sea durante la Organización Nacional.

Las rejas daban seguridad a las ventanas. En “El Viejo Almacén” la herrería que tienen sus ventanas son rejas muy simples: barrotes de sección cuadrada, verticales, de número impar, cruzado por planchuelas horizontales, con ornamentación en el centro, aunque durante el XIX las rejas comienzan a usarse más filigranadas.

En la pared que da sobre la calle Balcarce aún se pueden ver las argollas de hierro que servían para atar a los caballos, y sobre la Av. Independencia hay un palenque de hierro empleado con ese mismo fin. Los caballos que permanecían atados allí convertían el lugar en un foco de inmundicia y en juntadero de moscas, además de obstaculizar el paso de los transeúntes por aquellas veredas estrechas.

Por todo lo expresado podemos afirmar que la construcción de “El Viejo Almacén” define muy bien a la arquitectura de la época. Es algo así como un rescate de lo antiguo, por snobismo o no; pero rescate al fin. El nombre dado al local no tiene nada que ver con lo fueron los “almacenes” propiamente dichos. Los almacenes no pudieron desprenderse al principio de su vinculación con la pulpería; tal vez por eso se convirtieron en almacenes con despacho de bebidas. Al igual que las pulperías generalmente se ubicaban en las esquinas “buscando apariencia y clientela”, dice Alberto Salas. Por un lado se vendía la yerba que venía en bolsas redondas con base y tapa de madera, los comestibles, el jabón amarillo, el azúcar, los fideos y la lavandina. Por el otro lado estaba el estano con sus grifos para el agua y donde se vendía la cerveza marca “Chancho” que llegaba en barriles y que el mismo almacenero envasaba en porrones de barro o expendía por las canillitas. Allí se bebía el vasito de ginebra sentado frente a las mesas de madera... “El Viejo Almacén” toma su nombre del tango que dice:

*En un viejo almacén
del Paseo Colón
donde van los que tienen
perdida la fe...*

Calle Estados Unidos (entre Belgrano y Balcarce). A consecuencia de la nivelación de las calles, las casas presentan unas puertas muy altas. (Foto: 1978).



Edmundo Rivero lo acondicionó para tomar una copa y escuchar tangos. El interior ha sido remodelado y aún tiene partes originales como un fogón. Las mesas de madera, redondas y rectangulares, tienen tapa de mármol rosado. Son mesas pulcras pero sin mantel ni ramillete de flores. Las sillas, carentes de tapizado, tienen respaldo que ayuda para escuchar con atención.

En 1979 corrió peligro de desaparecer con la ampliación de la Av. Independencia. Eso era en mayo, pero en diciembre de ese mismo año volvió a abrir sus puertas, perdiendo seis metros de su frente.

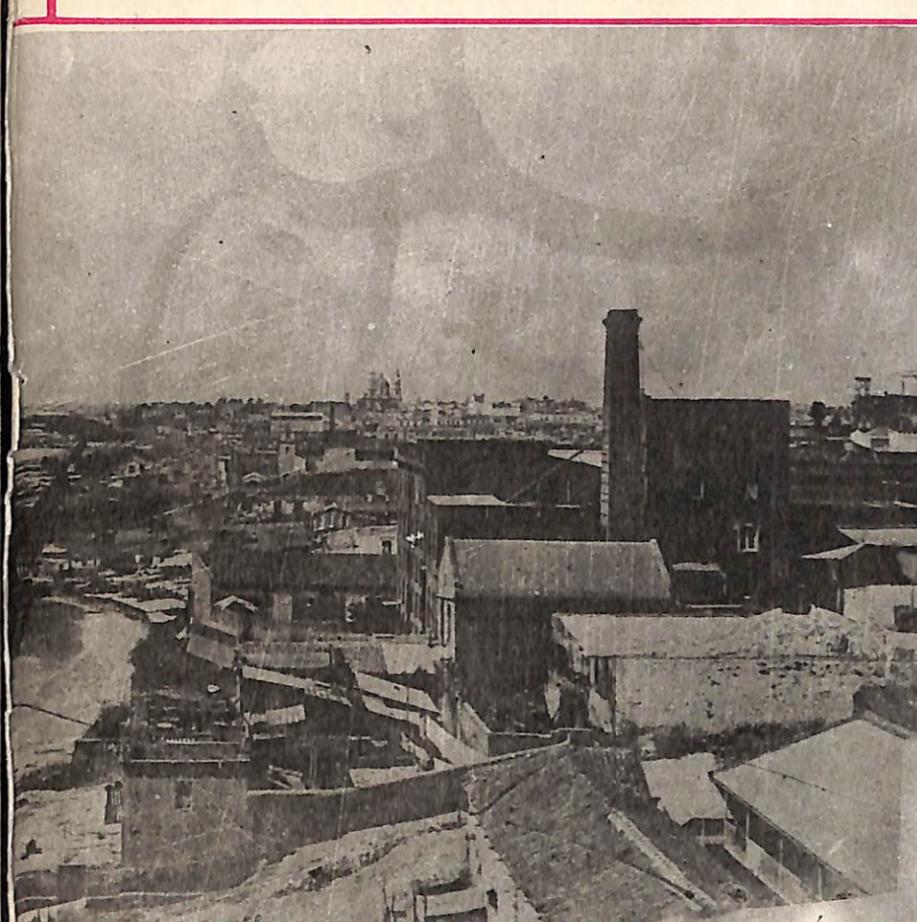
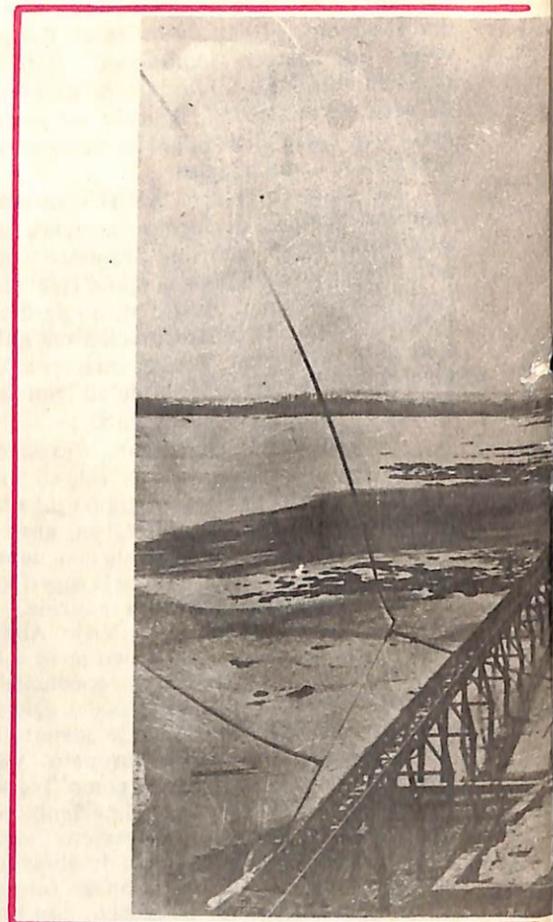
Como dijimos, allí se escucha el tango que, como San Telmo, nació orillero. Luego, como alguien ha dicho, adquirió manifestación poética con Manzi, virtuosismo musical con De Caro y temática social con Discépolo.

*Esa ráfaga, el tango, esa diablura
los atareados años desafía;
hecho de polvo y tiempo,
el hombre dura
menos que la liviana melodía.
Que sólo es tiempo.*

*El tango crea un turbio pasado irreal
que de algún modo es cierto,
un recuerdo
imposible de haber muerto,
peleando en una esquina de suburbio*

Jorge Luis Borges

Calle José M. Giuffra.
Como elemento destacable
aparecen
cuatro puertas juntas
correspondientes a
cuatro casas distintas.



“... Por el paseo Colón,
sobre un viaducto pasea
el tren
que va a la Ensenada
y en Casa Amarilla, espera
que le den la vía libre
libre, de charcos
y haciendas...”

Vizconde
de Lazcano Tegui

EL BAJO DE LA RESIDENCIA

El Camino “del bajo” fue el primero transitado que tuvo Buenos Aires en dirección al norte, o sea, desde Retiro a San Isidro. La ribera sur era otra cosa. Iba desde Humberto I, por un bañado, al pie de la barranca y buscando el cauce del Riachuelo llegar a la Magdalena. Era el camino de las carretas a la Boca. Tomó incremento cuando el amarradero que estaba a la altura de Humberto I dejó de recibir las corrientes que limpiaban las resacas y las basuras y poco a poco fue cegándose hasta rellenarse por completo. Pasó a ser terreno anegadizo y se convirtió en El Bajo, al pie de la barranca.

Sobre los bancos de tosca, que se ponían al descubierto en las bajantes del río, se construyó el Viaducto del Ferrocarril del Bajo que partía de la calle Garay y Paseo Colón.

Fue una obra de ingeniería y había sido inaugurada el 22 de febrero de 1863 cuando dirigía las obras el ingeniero Gui-

lermo Wheelwright. Corría a lo largo de la acera este de Paseo Colón y terminaba en la calle Potosí —hoy Alsina— y Victoria —hoy Hipólito Yrigoyen—. El viaducto era en ese lugar de varios metros de altura; después el tren corría por tierra firme pasando por detrás de la Casa de Gobierno hasta la Estación Central, situada en el Paseo de Julio —hoy Paseo Colón— y Piedad —hoy Bartolomé Mitre—. O sea, que el mayor recorrido era aéreo, sobre las toscas y bañados del río. Antes de la Estación Central, la terminal era Venezuela, a cinco manzanas del centro. El tren tardaba en llegar a La Boca diez minutos. Con motivo de las obras del puerto, el viaducto debió clausurar sus rieles y desapareció para siempre debajo del relleno. Es posible que alguna vez, realizando alguna obra de ingeniería aparezcan restos de aquel andamiaje, como aparecieron los del antiguo muelle de pasajeros cuando se construyó la plaza de estacionamiento “Bouchard”, frente

al Correo Central.

A lo largo del hoy Paseo Colón, las lavanderas lavaban ropa en las cavidades de la tosca, las que a veces no eran naturales sino hechas de expofeso. El "bajo" servía también para bañar caballos y lavar carros. En la esquina de la hoy Av. Belgrano existía un pozo profundo que al ser utilizado para estos fines ponía en peligro la vida de los bañistas que se aventuraban a entrar en él.

La costa tenía impenetrables juncales, poblados de patos... Luego se rellenó todo, se construyeron los diques y en esos terrenos "ganados al río", los marineros ingleses de los barcos surtos en el puerto, jugaban al fútbol -foot ball- juego entonces desconocido en Buenos Aires y, para llenar los claros en los equipos, invitaban a muchachos del lugar y así surgieron los primeros jugadores criollos.

Sin apartarnos del "bajo", sobre la calle Balcarce, entre Av. Independencia y Giuffra, se halla una plazoleta que no figura con nombre alguno en la nomenclatura municipal.

Aparentemente, en Balcarce entre México y Chile, existió un cementerio o campo santo, y sobre una extensión de 486 metros cuadrados, se ordenó delinear una plaza que se denominaría "Paso de los Andes". De ese intento quedó un retazo o plazoleta, sobre la cual se halla la piedra fundamental del monumento que se levantaría a Antonio González Balcarce, el triunfador de Suipacha.

Había nacido siendo el sexto hijo de Francisco González Balcarce -cabezá de una familia de militares- en 1773. De manera que cuando se produjo la Revolución de Mayo, tenía 33 años. Le fue ofrecido, entonces, el mando del Ejército del Interior del cual era comandante en jefe Francisco Antonio Ortiz de Ocampo. Precisamente, como Ortiz de Ocampo tuvo desinteligen -cias con la Junta, lo reemplazó el coronel González Balcarce que era el segundo comandante. El ejército tenía asiento en los

terrenos de Juan Pedro de Córdova, ubicados en Monte Castro, donde se daba la instrucción a las tropas. Desde allí partió en los primeros días de junio de 1810, luego de una revista que pasaron los miembros de la Junta. A los pocos meses tuvo que cumplir la ingrata orden de fusilar a Liniers quien, por raras circunstancias había estado casado y envidado de Martina Sarra-tea, cuyo padre poseía una chacra vecina a Monte Castro. El ejército siguió hacia el norte y el 7 de noviembre de 1810 libró su batalla en Suipacha la que se convirtió en la primera victoria patriota. Con posterioridad -1816- Antonio González Balcarce debió reemplazar a Rondeau en la dirección del Estado. Murió en 1819, a los 42 años.

Por sus servicios a la causa del país, el 20 de febrero de 1834, se dictó una Ley que ordenaba la erección de un monumento a su memoria. Pero recién en 1919, en el centenario de su muerte, se pensó en concretar lo establecido. Se eligió el lugar, ya señalado, y se colocó como piedra fundamental un bloque de granito, traído expresamente del lecho del río Suipacha, en el hoy territorio de Bolivia y que fuera donado por el hermano Pas, que era ministro de Bolivia.

A la ceremonia asistieron las más altas autoridades de la Nación y con gran pompa se efectuó la ceremonia del descubrimiento de la placa. En esa oportunidad el Dr. Dardo Rocha dijo entre otras cosas, "que confiaba en que el pueblo y las autoridades concurrirían a costear la estatua con munificencia y no dejarían indiferentemente que esa piedra fundamental quedase enterrada, hasta que llegase a olvidarse; si así sucediera, no sería la piedra del testimonio, sino la piedra del olvido y la ingratitud".

"Hoy, a más de sesenta años de ese acto, debemos confesar con angustia lo auténtico de la sentencia del Dr. Dardo Rocha, ante una postergación desidiosa, que acerca al desconocimiento", tal la conclusión del profesor Maroni.

PUENTECITO LUJAN

Por debajo de una reglamentaria re-co-va sobre Paseo Colón llegamos a la calle Dr. José Modesto Giuffra. Su nombre primero fue "Puentecito Luján" o "Luján", con referencia a la Virgen de Luján. Como callejuela se abrió por 1840, aproximadamente.

Se cuenta que en esa calle vivía Mariano Escobar, oriundo de Luján, muy devoto de la Virgen, a la que diariamente se encomendaba. Se trasladó a Buenos Aires a fines del XVIII y se desempeñaba como pescador. Con su mujer tuvieron muchos hijos, algunos dicen que fueron ocho, otros que fueron más de quince... No interesa tanto el número sino saber que los hijos eran mu-

chos y era tanta su devoción por la Virgen que a todos les ponía como nombre, además del santo del día, el de Luján. Por ejemplo: María Luján, Pedro Luján, José Luján... Por esta razón eran llamados "los lujancitos";

Dada la cantidad de bocas para mantener, con las primeras luces del día dejaba su modesta vivienda y con sus redes, metido en el río, pescaba. Así, el 8 de diciembre de 1806 -día de la Inmaculada Concepción- al querer recoger su red la tarea se le hacía imposible por el peso que arrastraba. Cuando logró extraerla vio que en ella había una talega, la alzó y con ansiedad por ver lo que

contenía, llegó a su casa. Cuando la abrió ante su mujer enferma, vio onzas, muchas onzas. La explicación estaba en lo siguiente: Cuando los ingleses confiscaron en Luján el tesoro que el Virrey Sobremonte había extraído del Fuerte con el propósito de salvaguardarlo de la codicia de los invasores, fueron cargados en ocho grandes carros las cinco toneladas de pesos plata que fueron pasadas después a la fragata 'Narcissus' que debía conducirlos a Londres. En esa tarea y a causa de las inclemencias del tiempo y a lo "picado" del río, la talega debió caerse a las aguas y de allí la "pescó" Escobar. Pero él, en su apasionado sentimiento religioso, atribuyó el hecho a un milagro que la Virgen hacía en su día. Surgieron entonces dudas respecto a qué hacer con el tesoro.. Luchaba entre quedárselo a su provecho o devolverlo. Pero, ¿a quién? Consultado el padre betlemita de Nuestra Señora de Belén, se resolvió que con él hiciera buena obra y satisficiera sus propios apremios económicos. De esta manera las apreturas de Escobar cesaron.

Luego se supo que los "tesoros porteoños" ingresaron a Londres en seis carruajes adornados con banderas inglesas y la Real de España que había sido tomada en el Fuerte; cada carruaje tenía leyendas como ¡Tesoro!, ¡Popham!, ¡Béresford!, ¡Buenos Aires!, ¡Victoria! El tesoro fue repartido en 1808. El general Béresford recibió 11.955 libras esterlinas; cada jefe, capitán, teniente, 1.000 libras, en tanto que a cada soldado o marinero les dieron 30 libras. El tesoro era realmente importante. De ahí que cuando la corona inglesa concedió a Pophan los refuerzos necesarios para realizar la segunda invasión, enviaron picos para cortar supuestas vetas de oro.

En la calle Giuffra vivieron las familias de Pedro Carreras y su esposa Leopoldina Calvo; los esposos Esteban Palma y María Bagnan, Carlos María Huergo y María Gregoria Perdriel, el Dr. Pedro Persiani, Benito Gotuzzo y familia, los esposos Juan y Catalina Recio y la familia Solari. Pareciera esta una simple nómina de personas, pero todas tuvieron amplia actuación y relevancia en el barrio de San Telmo.

En el número 3 -actual 209- junto a las Hermanas Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul que habrían de hacerse cargo del Hospital de Hombres, llegaron los Hermanos -Hijos de San Vicente- a los que se les dio el nombre de "Lazaristas". De allí pasaron a la calle "del Comercio" -hoy Humberto I 294- esquina Bolívar.

En esa misma cuadra se hallaba la llamada "Barraca de Soler" donde se ocultó Manuel Dorrego cuando era perseguido por Lavalle. Todavía puede verse la pared sobresaliente.

Vecina a la "Barraca de Soler" -Giuffra 299- se hallaba la Pulpería "La Paloma", de la que aún se conserva algo del frente. Se dice que allí Esteban de Luca recitaba sus cantos a la patria, a la mujer, al amor. También Esteban Echeverría, que andaba de serenatas con su guitarra y can-

taba a la patria, a las mujeres, al barrio...

Después fue el paso obligatorio de los mazorqueros.

Los años pasaron y "La Paloma" tuvo como última dueña a la señora de quien se recuerda su nombre, Matilde, que murió en 1976. Desde hacía muchos años la pulpería estaba convertida en despensa.

Distintos estudiosos sobre la materia han dado sus conclusiones respecto al término "pulpería". Unos lo atribuyen a la palabra "pulpa", porque allí se vendía esa parte carnosa del vacuno. Otros a la palabra "pulque", que es una bebida que los mexicanos obtenían del magüey o pita. Y es evidente que en las pulperías se vendían las dos cosas' carne y bebida.

Eran negocios al por menor en los que se podía comprar además, yerba, azúcar, yuyos medicinales, pan, velas, aceite, géneros, y casi nunca artículos femeninos. En los comienzos los pulperos eran españoles y en cierta manera, tenían su origen en el ventero. Luego se convirtió en trabajo no "considerado" y ocupación propia de plebeyos en razón a que debía tratar directamente con el público. De ahí que pasaran a ser pulperos los negros y los indios, aunque el Cabildo prohibió, a mediados del XVIII, el otorgamiento del permiso a estos últimos. Luego se ocuparon los hijos del país que cederían su lugar a los italianos.

Tanto las pulperías del campo como las de la ciudad presentaban características semejantes. Pallière, Carlos Morel, Pelvilain, Mc Greech, Alfred Paris, Hipólito Bacle, han dejado pinturas memorables. En la mayoría se presenta al pulpero protegido por una reja al borde del mostrador, por entre cuyos barrotes alcanzaba lo solicitado por los clientes constituidos por los paisanos, apoyados sobre las barricas de yerba o sentados sobre la tierra apisonada, escuchando a algún cantor de aventuras y amoríos o la lectura oral que el pulpero hacía de los periódicos que le llegaban.

No siempre la paisanada estaba en condiciones de pagar lo que consumía, entonces el pulpero iba marcando rayas al lado de las iniciales de su nombre en un libro llamado "de fiados". Cuando pagaban, dice José Antonio Wilde- borraba las rayas, y si el parroquiano no estaba dispuesto a pagar, decía: "Ráyela en la tina del agua".

En general se acudía a la pulpería a conversar o a enterarse de lo que pasaba, a entretenerse con el canto, la payada, el naípe y, sobre todo, a beber. De ahí que no siempre las reuniones terminaran normalmente y fueran escenario de duelos a cuchillo y la intervención de la policía.

Allí se bebía el vino Carlón, de España, la caña paraguaya, el guindado de Montevideo, la ginebra y rhun del Caribe. Pero también la sangría y la vinagrada agregando al vino, vinagre. El vino Carlón era caro; no era una bebida popular en aquellos tiempos, por esa razón se recurría a la sangría compuesta de vino, azúcar y agua. Era preparada sobre el estaño. "El pulpero, con las manos limpias o no, echaba en un jarro

de grueso vidrio, la cantidad necesaria del líquido que serviría de base a uno de aquellos enjuagues y enseguida le ponía el azúcar. Con un palito cualquiera —la ramita de un árbol era suficiente— se revolvía todo aquello, que era vertido en un embudo y la maestría con que ponía o sacaba el dedo cuando el vaso estaba lleno, daban al pulpero prestigio de “barman” nos dice León Bouché.

Es oportuno recordar aquí un refrán que decía: “El que bien bebe, bien duerme y quien bien duerme, piensa bien; quien piensa bien, bien trabaja y quien bien trabaja debe beber bien”.

El diario “La Nación” del 19 de diciembre de 1976, publicó las siguientes recetas:

♦ “Licor de naranja colonial”

“Colocar en un litro de alcohol, 33 granos de café; 33 terrones de azúcar, una naranja sin pelar perforada 33 veces con una aguja de tejer y, por último, macerar durante 33 días.”

♦ “Para estar feliz todo el año”

“Tomar el 1 de agosto, en ayunas, un buen vaso de grapa con ruda que se ha puesto a macerar en la grapa quince días antes”.

De lo expuesto anteriormente se deduce que también se vendía café; se despachaba caliente generalmente en invierno y se servía en jarritos de lata con tapa, por la cual pasaba una bombilla, también de lata o a veces, una paja.

En 1725, para evitar la especulación y el alza de los precios, el Cabildo fijó el de los artículos de primera necesidad que se vendían en las pulperías. Así, “el regidor Lucas Manuel de Velorado —nos cuenta Ricardo Luis Molinari— denunció enérgicamente los abusos que se cometían señalando que ‘los pulperos quedan ricos a costa de los miserables vecinos’ y exigió que se aplicaran fuertes multas a los que alteraban los precios, entre los cuales se contaban no sólo los pulperos, sino también los zapateros, que —según dijo— cobraban ‘lo que se les antoja’”.

En 1801 cuando Buenos Aires tenía (según el Censo de Azara), 40.000 habitantes, había 600 pulperías, lo que nos indica que el negocio no era malo.

Nuestro itinerario continúa por la calle Balcarce, angosta y sin árboles, como todas las calles de San Telmo. Nuestra mirada va de vereda a vereda mientras avanzamos. En el número 877 se halla un baldío. Por sobre la tapia podemos ver la barranca, tal como era antes de procederse a la nivelación de Balcarce, tal cual hoy la conocemos. Cuando ese baldío se edifique deberá ajustarse a lo establecido por la Ordenanza No. 34.956 referente a la preservación de zonas históricas —U 24— que fija como altura máxima 10 metros, permitiéndose seguir el concepto actual de arquitectura y utilizar lenguaje contemporáneo como testimonio de nuestra generación para el futuro.

Una fotografía que hemos rescatado del Archivo Gráfico de la Nación nos muestra la finca de Balcarce 888 donde se advierte la desproporción de la altura de las ventanas con la puerta. Es que esa puerta debió hacerse con posterioridad a la nivelación. Trasponiéndola tendremos la escalera construida sobre la barranca.

Un ejemplo semejante lo encontramos en Balcarce No. 925. Podríamos asignarle la misma fecha de construcción que la anterior. En la parte superior hay una ventanita pintada de verde; allí llegaba antes la calle y era la puerta de entrada. La actual entrada nos lleva a una escalera abierta en la misma barranca.

Casi al lado hay dos casas edificadas en un solo lote lo que da en cierta medida la característica de casa mínima, aunque la medida es mayor a la que nos ha llamado la atención en San Lorenzo 380.

En Balcarce No. 959 hay una casa que había sido propiedad de Benito Noel. Data de 1917. En ella se fundó “La República de San Telmo”. Aún conserva en sus paredes el tinte rosado con que se la había pintado queriendo significar con ello que se trataba de “La Casa Rosada de San Telmo”. Se fundó el 9 de Julio de 1960 y su Constitución establece, entre otras cosas, que “la joven República ha nacido de una revolución del espíritu...” y “se carece de ambiciones territoriales más allá de los ámbitos del barrio”.

Su primer presidente, el señor De Carli, tenía aquí su Taller de Tricomías o grabados. El despacho presidencial estaba en el segundo patio donde se encontraba la “Pulpería Los Troncos” que no tenía carácter comercial sino atendía a las relaciones públicas. Cuando llegaban visitas importantes eran recibidas allí, se brindaba con buen vino y se acompañaba, por lo general con empanadas. Entre esos notables podemos citar, entre los extranjeros, a Carmen Amaya y Alberto Einstein. Fueron padrinos de la “Pulpería Los Troncos”, el actor Pedro Tocchi y la actriz Emma Martínez, esposa de César Ratti.

El 5 de julio de 1981 la República pasó a su nueva sede —Balcarce 1053— donde se halla la “Galería del Viejo Hotel”, una casona originaria de 1890 que fue conventillo, hotel y —hoy— galería o paseo turístico.

A los dos meses de tal acontecimiento, dejó de existir don Ernesto de Carli, a la edad de 81 años. Había ejercido ininterrumpidamente la presidencia de la República de San Telmo.

“La República de San Telmo” tomó a su cargo la publicación de obras referidas a la historia de la ciudad, entre ellas “Túneles con misterio”, de Carlos L. Krieger; “Las pulperías, mojón civilizador” de León Bouché, ambas obras incluidas en la bibliografía de este trabajo. Pero en lo que a la historia de San Telmo, propiamente dicha, atañe, editó el 14 de mayo de 1968 la obra del R. P. Manuel Sanguinetti: “San Telmo, su pasado histórico”. Cuando la Comisión

Nacional del Sesquicentenario resolvió la publicación del libro, se encomendó la revisión y corrección del libro del R. P. Sanguinetti, al escritor Luis Horacio Velázquez, autor de trabajos literarios e históricos que comprenden catorce libros. El R. P. Sanguinetti había muerto el 20 de abril de 1955 y Velázquez “organizó y actualizó los originales, completó muchos antecedentes con nuevos aportes históricos, enriqueció y ordenó la iconografía, y le dio al trabajo una forma más depuradamente literaria, con su prosa tersa y un estilo sobrio, hasta donde fue posible sin desvirtuar la redacción original del Padre Sanguinetti”. Tales las palabras del Dr. Alfredo M. Vitolo en el prólogo del citado libro.

En la esquina SE de Carlos Calvo y Balcarce hay una casa de esquina sin ochavas. Además, en un ángulo de la pared aparece un rellanamiento muy común en construcciones antiguas. Según se afirma, esos refuerzos en forma de gajos que aparecen en el siglo XVIII se usaban para evitar que en esos ángulos formados por las paredes se ubicaran pordioseros o malvivientes que es-

peraban el paso de alguien para asaltarlo. Al respecto “El Argos” del 7 de julio de 1821 informaba que por los suburbios de Buenos Aires “no se puede andar de las 8 de la noche en adelante sin peligro de la vida o de ser desnudado”. Aparte de este detalle de “gajos” o contrafuertes de ladrillos, la construcción de la casa es extraña. En la época en que se la edificó las fachadas no estaban sujetas a ningún ordenamiento exterior, sino que obedecían a necesidades del interior. La puerta no suele estar en el eje de la fachada. Las ventanas son repetidas con guardapolvos y tejas. Las terrazas tenían parapetos de hierro generalmente de arcos cruzados; luego vinieron los balaustrados.

En esta misma esquina, haciendo cruz con la construcción anterior, se halla una casa con una “balconada”. Ha sido modificada en varias oportunidades y su planta baja es casi irreconocible.

La ciudad se erguía y las casas se construían hasta con dos pisos altos. El balcón superior sobre pequeñas ménsulas de madera, lisas y de poco vuelo, es angosto. Sólo sirve para pasar de una habitación a otra. El piso es de madera.

EL REPECHO DE LA CALLE CARLOS CALVO

La calle Carlos Calvo descende hacia “el bajo”; la pendiente nos lleva. A breve trecho de Av. Paseo Colón, a nuestra izquierda se halla la Iglesia Dinamarquesa que se estableció allí en 1931 en ese edificio construido por el arquitecto Nielsen. Es de estilo gótico-dinamarqués, con ladrillos a la vista y pequeñas ventanas, una torre con almenas y techo de teja. La capilla —de una sola nave— es de culto protestante-luterano. En la misa se reza el Credo y se comulga bajo las dos especies: el pan y el vino.

San Telmo es un barrio que cuenta además con una Iglesia Noruega (Ingeniero Huergo 1267), una Sueca (Azopardo 1422), una Ortodoxa Rusa (Brasil 313) y una Misión de los Ingleses, en el puerto. No es una casualidad que se hallen dentro del barrio tantas iglesias no católicas. Ello se explica en razón a ser una zona cercana al puerto donde llegan marineros de todos los credos y a quienes les es más fácil su acceso.

Casi enfrente —Carlos Calvo 242— hay una casa que data de 1807. Lo dice la fecha estampada sobre su puerta. Cierta vez le escuché decir a Alberto Blasi Brambilla más o menos así: “No hay mejor amor ni mejores años que aquéllos que se fijan en lo alto de las puertas por las que transcurren los años y los días de la ciudad”. Tenemos aquí una de ellas. Está en San Telmo y dice: “1807”. Tiene faroles en su repecho y rejas con gli-

cinas que se encorvan sobre las veredas empedradas; de ello dice el poema:

*Un farol, una reja
y una calle
que aún conserva el empedrado.
Retazos de la antigua Buenos Aires.
Airosos camafeos prendidos a su afán.*

La casa es de típico estilo porteño de comienzos del siglo pasado. Fue propiedad de doña Leonor Merlo de Suárez, luego de la señora Ruiz de Quiñones. Aunque ha sido restaurada, se han sabido conservar las características originales. Construida en adobones, la fachada es como un cuadro; las paredes blancas y las molduras ocre. La puerta de madera, a cuarterones, está pintada de verde. Los guardapolvos de arco escarzano sobre las ventanas. Las rejas simples de hierro con barrotes de perfil cuadrado y planchuelas horizontales tienen en el centro la “flor”. Tinajas y llamador de bronce.

Funciona allí un restaurante de categoría llamado “El Repecho de San Telmo”. Su interior, de pisos embaldosados, sin ser un museo, nos permite alcanzar el tiempo pasado. Junto a un cuadro al óleo de su antigua dueña, hay colecciones de armas de la época de la emancipación y cuadros de los soldados que las portaban. Peinetones y abanicos decoran con elegancia ese íntimo y casi privado comedor. El mobiliario es de

madera oscura con arcones y sillas de altos respaldos. Las cortinas y la mantelería son de fino hilo y bordadas. Y sobre una de las paredes un cofrecito de plata altoperuana —en cuyo interior se colocaba la imagen de un santo en las procesiones— convertido en espejo, aporta su fina elegancia.

Sobre la azotea-jardín se halla el "Salón de los Patricios" que abre sus ventanas y recibe el perfume de las plantas...

Hasta el nombre de algunos platos condice con el lugar: "Copa del Adelantado", "Caldo de la Colonia", "Copón de las Patricias", "Postre don Bernardino"...

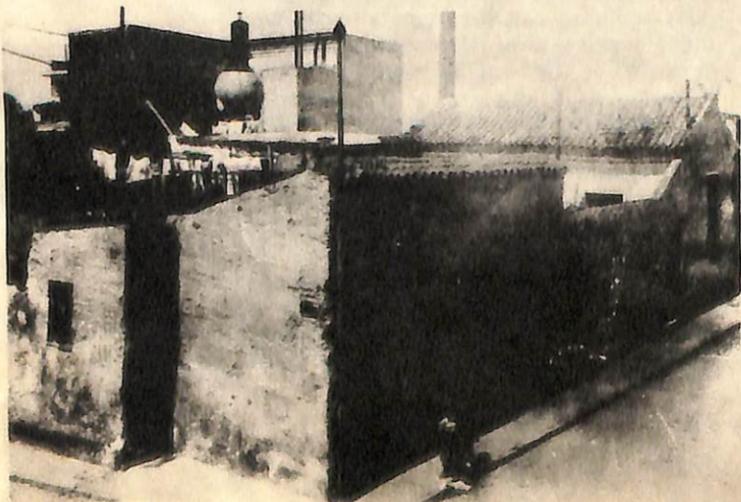
Por el repecho de la calle Carlos Calvo, llegamos nuevamente a Balcarce. Casi haciendo esquina —Balcarce 1016— hay una casa del siglo XVIII cuyo frente de color rosado intenso tiene una pequeña ventana con una pequeña reja. La puerta de madera —con tachones de hierro— no parece pertenecer a la época de la construcción. No obstante, la casa ha sido considerada "intangible", razón por la cual su fachada no debe ser remodelada.

Hasta ahora nos habíamos estado refiriendo siempre a casas blancas, a la cal. Pero también el rosado era usado, sobre todo para la vivienda rural. Debo citar la tesis del arquitecto Jorge Berbery, cuando dice que para lograr ese color se mezclaba la cal con el sebo y la sangre de los animales sacrificados en los mataderos, lo cual da no sólo color rosado, sino confiere cierta cualidad plasticificante que protege de la humedad. De acuerdo a la cantidad de sangre agregada, el tono podía ser más o menos rojizo. Así aparece la clásica casa rosada con puertas y ventanas de color verde inglés y rejas oscuras.

La casa fue adquirida por el pintor Carlos Castagnino para convertirla en estudio. Así construyó en su interior un moderno y confortable edificio que hoy se usa para espectáculos de café-concierto, para representar obras teatrales y como galería de arte con una sala dedicada a pinturas de Castagnino.

Castagnino enriqueció su personalidad en lo profundo y en lo simple. Casi un autodidacta, admiró la plasticidad de Spilimbergo y Gómez Cornet. Al transitar el patio de su casa se me presentan dos de sus óleos: "La Pascuala con el gallo" y "Niña o la mujer del suburbio". Son imágenes que pueblan su ámbito.

Defensa esquina
Carlos Calvo.
Año 1912
(AGN)



Trasponemos Balcarce para llegar, nuevamente, a Defensa. En esa cuadra, en el número 319 —antes 41— hay una casa que data, aproximadamente, de 1780 o 90, aunque las reformas que se le han efectuado hace unos años desvirtúan aquella antigua construcción perdiendo mucho de lo genuino y tradicional. Posee techo de tejas españolas, vertiente hacia la calle, una puerta a un costado y en su frente una sola ventana de arco escarzano, con reja muy simple. El techo está sostenido por tirantes de madera dura.

En ella vivió Margarita, hija del sargento Oliden, de los mazorqueros de Rosas. Quería mucho a su hija pero su ambición lo llevó a exigir que Margarita aceptara las propuestas amorosas de su jefe, Ciriaco Cuitiño. Pero Margarita amaba a Juan Cruz Cuello, payador y domador de caballos. Los dos se quieren y huyen juntos. Cuitiño los manda perseguir y cuando —transcurrido un tiempo— son encontrados, Margarita, herida de muerte, es traída a esta casa y a los días muere. Desde entonces se cuenta que la ventana del cuarto donde ella murió no fue abierta más mientras sus padres vivieron en la casa. Juan Cruz Cuello, envuelto en su poncho, acurrucando al hijo de ambos, huyó de la ciudad a todo galope...

Historias de suburbio, de amores y de mazorqueros...

Nos detenemos sobre la vereda par, frente a una puerta muy alta, de madera. Muchas semejantes encontramos en el barrio. Al descubrirlas pensamos cada vez que es la más alta del barrio, pero siempre hay otras superiores en altura. Al entreabrirla, el encaje de hierro forjado de la puerta cancel nos permite escudriñar el patio con baldosas rojas y tejidas enredaderas en el abandono de la casa.

Pero la verdadera "estrella" de la calle Carlos Calvo es una casa con cubierta de tejas cocidas y un canalón con vertiente a la calle. El frente, descascarado, alguna vez estuvo pintado de verde oscuro, desleído por el tiempo. Su única puerta de madera tiene persianas en la parte superior; así puede convertirse en ventana cuando la parte inferior está cerrada. Tiene dos ventanas ligeramente curvas también con persianas de madera. Arriba de estas aberturas, muy en lo alto y más cerca de la moldura del techo, hay "guardapolvos" que parecen "un pelizco de argamasa" pues son tan breves, que no pueden guardar de nada. Hay un cuarto guardapolvo que bien pudo haber sido planeado para dar lugar a otra ventana o ha sido tapada en alguna remodelación posterior. En el centro de la fachada y en lo alto se halla una chapa esmaltada de azul y blanco con el primitivo número —75— y sobre el costado izquierdo de la puerta, la numeración actual: 383. La casa es bicentenario y fue declarada Monumento Histórico Nacional.

En la fachada hay dos placas. En una se lee: "En este solar instaló el primer ar-

LA CUADRA DEL POETA Y EL SOLDADO

senal el patriota Esteban de Luca. Homenaje de la Comisión de Cultura y Educación Históricas - Parroquia de San Telmo - 26/6/37". Pero en honor a la verdad, cuando en 1812 el Triunvirato resolvió fabricar armas por razones obvias, dispuso que se instalara en la abandonada iglesia Nuestra Señora de Belén.

El entonces Director Supremo, Don Gervasio Antonio de Posadas, puso al frente de la fábrica al coronel Angel Monasterio, técnico español que se desempeñaba como Inspector de las Escuelas Militares y había fortificado con éxito las barrancas del Rosario, en una de cuyas baterías el General Belgrano enarboló por primera vez a la Bandera de la patria.

Junto al coronel Juan Ramón Rojas, que luego se destacó en Sipe-Sipe, Esteban de Luca fue estrecho colaborador del coronel Monasterio. En 1816 se instaló la Fábrica de Armas del Estado en el llamado Parque de Artillería, donde hoy se halla el edificio de los Tribunales. Entonces de Luca fue designado para dirigirla, pues había sido muy buen alumno de Monasterio y porque había realizado los estudios de ingeniería que su desempeño exigía. Con muy pocos elementos fabricó sables, fusiles y fundió morteros y cañones. De ahí que el actual Arsenal lleve su nombre.

La otra placa dice: "Aquí habitó Esteban de Luca - Poeta y soldado - Homenaje de la Junta de Estudios Históricos de San Telmo - 25/2/72".

Esteban de Luca nació en Buenos Aires el 2 de agosto de 1786. Su nombre completo fue Esteban José Mariano de Luca y Patrón. Fueron sus padres Miguel de Luca, italiano, y Juana María Magdalena Patrón. Estudió en el Colegio de San Carlos —hoy Nacional Buenos Aires— donde confraternizó con Manuel Dorrego y Tomás Guido. La casa de sus padres era un centro ameno y atrayente difusión de las novedades que se producían en la vida social y cultural —letras y política—. Su padre poseía un refinamiento especial y gran sensibilidad hacia las letras y hacia la música. Sumado a esto su cómoda posición económica, había convertido su casa en un "recibidor" análogo al "Salón" de Mariquita Sánchez y del de Escalada y Sarratea.

Allí concurrían hombres públicos prominentes, hombres de ciencia, caballeros y finas damas, por ejemplo, Juan Manuel de Lavardén que vivía en el barrio —Venezuela 334— y su hijo Manuel José, autor de la tragedia "Siripo" y la "Oda al Paraná".

Durante las invasiones inglesas tenía veinte años y defendió a Buenos Aires co-

mo subteniente en el Batallón 3ro. de Patriotas. A partir de entonces se volcó a la vida militar y, al producirse Mayo, se consagró a la causa de la Revolución. Fue así ascendido a Capitán del Regimiento de Infantería de América. Con ello se despertó su fervor patriota y surgió el poeta. No siempre firmaba sus trabajos. La "Gaceta de Buenos Aires" publicó el primer canto patriótico con la siguiente leyenda: "Una Canción Patriótica por un ciudadano de Buenos Aires, para cantar con la música que otro ciudadano está arreglando". Empezaba con la estrofa (del coro):

*Sudamericanos
mirad ya lucir
de la dulce patria,
la aurora feliz.
La América toda
se conmueve al fin;
y a sus caros hijos
convoca a la lid.
A la lid tremenda
que va a destruir,
a cuantos tiranos
la osan oprimir...*

La obra se cantó frecuentemente, hasta que se adoptó el Himno Nacional. Se conservaron los versos, aunque su música se perdió.

Esteban de Luca vivía en la casa de la calle Venezuela 544, vecino a la casa de Juan María Gutiérrez —Venezuela 560—. También a su casa se llegaban personajes de todo tipo y las reuniones alcanzaban un alto grado de cultura y buen gusto escuchando sobre todo las declamaciones de Miguel Darragueira. También Aimé Gorejam, que había llegado al país en 1817, sabio, aventurero, soñador, solitario. Era un enamorado de la fauna y —sobre todo— de la flora argentina. Era naturalista. Esto le valió el cambio de su apellido por Bonpland (Buena Planta).

Como poeta, Esteban de Luca escribió "Canto a la libertad de Lima" en 1817; pero donde sobresalió fue en "Canto a Buenos Aires", en el que presagia el futuro grandioso de la Argentina.

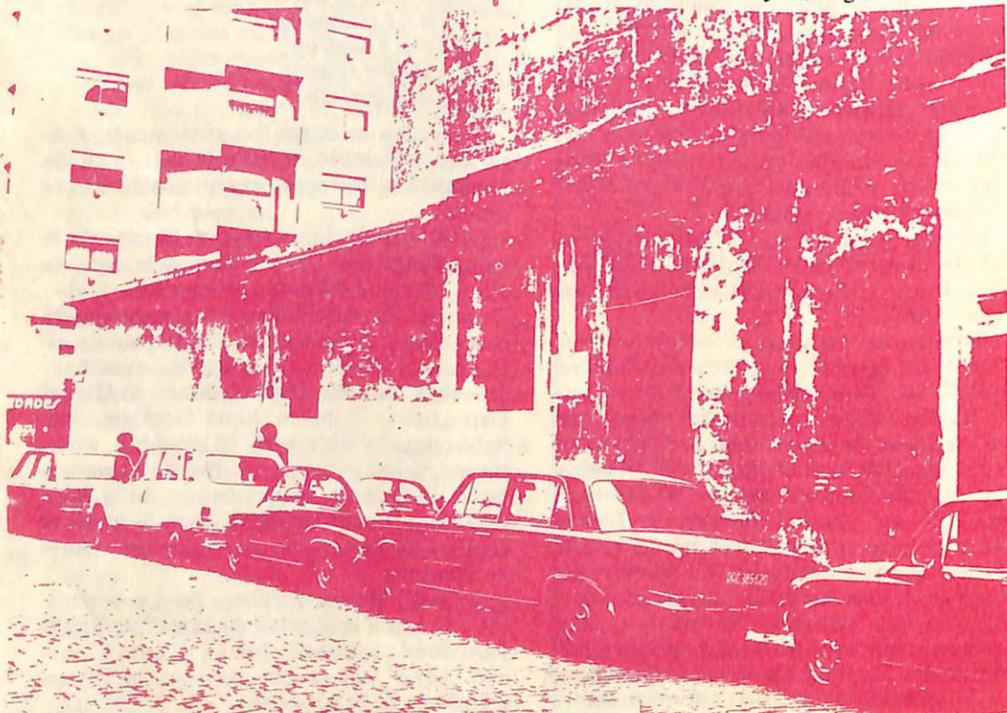
En 1823, como secretario de la Comisión presidida por el presbítero doctor José Valentín Gómez partió para Río de Janeiro con el propósito de obtener por parte del Imperio del Brasil la evacuación del territorio de la Banda Oriental y reconocer su incorporación a las provincias del Río de la Plata. Pero la misión fracasó y en el regreso a Buenos Aires, el bergantín "La Agénoria", a cuyo bordo estaba, zozobró en las aguas del Río de la Plata. Unos, aferrados a

los restos de la nave, como Valentín Gómez, salvaron la vida; pero de Luca murió tratando de alcanzar la costa en una improvisada balsa.

Olegario Víctor Andrade escribió, cincuenta años después, un poema que tituló "El Arpa Perdida", cuyos versos dicen:

V
*Los náufragos oyeron
 largo rato, en la sombra que crecía,
 sobre la voz del huracán y el trueno,
 murmullos de celeste melodía,
 notas truncas de música divina,
 como si alguien cantara en lontananza
 el himno de las santas alegrías,
 ¡el poema inmortal de la esperanza!*

VI
*Desde entonces, el viajero
 oye en la noche plácida y serena,
 o entre el rumor de la tormenta brava,
 como el eco de dulce cantinela,
 que de lejos lo llama;
 ¡es el arpa perdida!
 El arpa del poeta peregrino,
 casi olvidado de la patria ingrata,
 que duerme entre los juncos de la orilla
 del turbulento y caudaloso Plata.*



PARA ADQUIRIR LOS NUMEROS ATRASADOS
 LOS INTERESADOS DEBEN DIRIGIRSE
 A LA DIRECCION DE LA EDITORIAL:

JOSE HERNANDEZ 1889, PISO 19

PUDIENDO ADQUIRIRSE AL PRECIO DEL ULTIMO
 EJEMPLAR EN CIRCULACION

DEFENSA. Recuerda la heroica lucha de nuestra ciudad el 5 de julio de 1807, durante las invasiones inglesas. Nace en Hipólito Yrigoyen al 402 y termina en Av. Martín García al 401. Corre entre Bolívar y Balcarce. Son 18 cuadras. Tiene como perspectiva la Pirámide de Mayo.

Tuvo distintos nombres:
 1738: Calle Mayor
 1769: "de San Martín"
 "del Riachuelo" cuando pasaba el Tercero
 1808: Liniers
 1822: "De la Reconquista"
 1849: Defensa.

HIPOLITO YRIGOYEN. (1852-1933) En homenaje al que fuera elegido por dos veces Presidente de la Nación. Perteneció a la Unión Cívica Radical.

Nace en Paseo Colón al 101 y termina en Bolívar 102. Reinicia el recorrido en la Av. Julio A. Roca para terminar en la Av. Rivadavia al 4500, en Av. La Plata. Su recorrido va cambiando: primero corre entre Rivadavia y Adolfo Alsina; luego entre Av. de Mayo y Adolfo Alsina; nuevamente entre Rivadavia y Adolfo Alsina, continuándose en este punto en avenida. Cruza los barrios de Montserrat, Balvanera y Almagro.

LAS CALLES Y SUS NOMBRES

Tuvo distintos nombres:
 1736: Cabildo
 1808: Villota
 1822: De la Victoria
 1856: Victoria
 1946: Hipólito Yrigoyen

ADOLFO ALSINA. 1829-1877. Durante la presidencia de Nicolás Avellaneda fue ministro de guerra y marina. Se destacó por crear un sistema defensivo contra la invasión de los indios en la llanura pampeana; ordenó construir fosos profundos que se extendieron a través de 300 km. Se la llamó "La Zanja Nacional".

Nace en Paseo Colón al 199 y termina en Sánchez de Loria al 298, donde Balvanera limita con Almagro. Corre entre Hipólito Yrigoyen y Moreno, por los barrios de Montserrat y Balvanera.

Tuvo distintos nombres:
 1738: San Juan Bautista
 1769: San Carlos
 1808: Alzaga
 1822: Potosí
 1849: Santa Clara al E. y Potosí al O.
 1862: Potosí
 1879: Alsina
 1978: Adolfo Alsina

MORENO. 1778-1811. Doctor en Derecho, fue el Relator de la Audiencia y asesor del Cabildo. Al producirse la Revolución de Mayo fue designado Secretario de la Primera Junta.

Nace en Av. Ingeniero Huergo al 299 y termina en Colombres, en Almagro, donde comienza la Av. Hipólito Yrigoyen. Corre entre Av. Belgrano y Alsina.

Recibió distintos nombres:
 1738: San Francisco
 1808: Villanueva
 1836: Restaurador Rosas
 1848: San Francisco al E. y General López al O.
 1857: Moreno

BELGRANO. (1770-1820). Se recibió de abogado en Valladolid; creó escuelas primarias, de Geometría, Arquitectura y Perspectiva, y la de Náutica. Fue vocal de la Primera Junta de gobierno. Creó, en Rosario, la bandera argentina. Triunfó en las batallas de Salta y Tucumán.

Nace en Av. Costanera Dr. Tristán Achaval Rodríguez y termina en Muñiz al 200, en Almagro. Está ubicada entre Brasil y Cangallo; luego entre Moreno y Venezuela, pero al llegar a Almagro lo hace entre Hipólito Yrigoyen y Quito.

Tuvo distintos nombres:
 1738: Santo Domingo
 1808: Pirán
 1822: Belgrano
 1848: Belgrano al E. y Montserrat al

O.
 1857: Belgrano

VENEZUELA. Desde su descubrimiento hasta 1577, el país quedó dividido en seis gobernaciones que constituyeron la Capitanía General de Venezuela. Tal régimen subsistió hasta 1810. Reafirmada la independencia, el general Bolívar fue proclamado presidente. Su capital es Caracas.

Nace en Av. Ingeniero Huergo al 499; termina en la Av. La Plata al 300, traspuesta la cual toma el nombre de Rosario, en el barrio de Caballito. Corre entre Av. Belgrano y México. De ahí que su recorrido se proyecte en los barrios de Montserrat y Balvanera.

Tuvo distintos nombres:
 1738: Santa Catalina
 1769: Rosario
 1808: Basualdo
 1822: Venezuela
 1849: Santo Domingo al E. y Venezuela al O.
 1857: Venezuela.

MEXICO. República de la parte meridional de la América del Norte. Por el número de sus habitantes ocupa, después de Brasil, el primer puesto entre las naciones iberoamericanas. México fue el foco de antiguas culturas que se remontan a varios siglos antes de Cristo.

Nace en Av. Ingeniero Huergo al 599 y termina en Av. La Plata 500. A partir del cruce de la avenida toma el nombre de Formosa en Caballito. Corre entre Av. Chile y Venezuela, por los barrios de Montserrat, Balvanera y Almagro.

Tuvo distintos nombres:
 1738: San Bartolomé
 1808: Agüero
 1822: Méjico
 1900: México.

CHILE. Cuando Bernardino Rivadavia dictó el decreto por el cual se nominaron por primera vez las calles de Buenos Aires, como integrante de un país libre e independiente -1822-, a una de ellas le da el nombre de Chile, y dice: "Esta preciosa región de nuestro continente está a lo largo de las costas del Mar Pacífico, extendiéndose por un espacio de 420 leguas geográficas, entre el grado 24 y 45 de latitud Austral".

Nace en Av. Ingeniero Huergo y termina en Defensa al 700, como avenida. Como calle llega hasta Saavedra al 700; su curso se interrumpe y continúa por Deán Funes hasta La Rioja al 700, donde se corta en Balvanera. Es calle límite entre Montserrat y San Telmo.

Tuvo distintos nombres:

Buenos Aires nos cuenta



VIEJO PALERMO

calles transitadas por EVARISTO CARRIEGO
COLEGIO DIVINO CORAZON • EL BARRIO EN EL TIEMPO
• LA CASA DE CARRIEGO EN HONDURAS •
CALLE QUE RECORRIO Y PERSONAJES DE SU POESIA
CATEDRAL ARMENIA • ESCUELA BERON DE ASTRADA

COMENTARIOS

"Con grata sorpresa hemos visto el surgimiento de vuestra serie 'Buenos Aires nos cuenta', que en ambos números nos presentan un rico panorama histórico, rico en testimonios y calidades vitales.

La búsqueda de la identidad cultural de los argentinos debe sustraerse en los paisajes urbanos, en la escala barrial, en los usos de los ámbitos públicos y en los modos de vida de sus habitantes.

Los acompañamos en la tarea, daremos información sobre la serie en nuestro Boletín y en la Revista 'Documentos de Arquitectura Nacional y Americana' que editamos semestralmente."

Ramón Gutiérrez
Universidad Nacional del Nordeste
Facultad de Arquitectura y Urbanismo
Resistencia - Chaco

"Me resulta agradable dirigirme a Ud. para felicitarla por la labor desempeñada en la publicación de los dos números de la revista 'Buenos Aires nos cuenta'. Sucede que el cariño a nuestra Ciudad vincula afectuosamente a los que se dedican a historiarla y cuando las expresiones tienen jerarquía, como en este caso, además del reconocimiento por el esfuerzo realizado participamos con beneplácito por el éxito logrado".

Arq. Luis J. Martín
Presidente
Ateneo de Estudios Históricos
"Parque de los Patricios"

"He leído con muy especial interés los dos primeros números de la revista que Ud. dirige —'Buenos Aires nos cuenta'— y no puedo menos que expresarle mi más ferviente apoyo a la misión informativa que cumple."

ENCIA. El nombre de Bernardino Rivadavia en la resolución: "Esta y

El interés de sus notas, su moderna diagramación y la agilidad con que se abordan los diversos temas que contiene, son —en verdad— dignas del mayor elogio y de la mejor prensa especializada argentina."

Manuel Ferrada Campos
Secretario Directorio
SADAIC

"... La revista 'Buenos Aires nos cuenta', en sus números 1 y 2 se ha referido a aspectos del Barrio 'Palermo' con verdadero conocimiento del tema. Ustedes han presentado una historia que no es desconocida para mucha gente de Buenos Aires pero que ustedes han tenido la virtud de volver a recordarles.

Como Presidente de la 'Asociación Amigos de la Casa de Evaristo Carriego', tengo a bien comunicarle que la revista es adquirida por los visitantes al Museo que se interesan por conocer todo lo que atañe a la vida y obra de Evaristo Carriego.

La revista 'Buenos Aires nos cuenta' constituye un verdadero aporte y por ello las felicitamos."

José María Mieravilla
Presidente
Asociación Amigos
de la Casa de Evaristo Carriego

"La felicito sinceramente. Su publicación está llena de datos utilísimos y novedosos, expuestos con sobriedad documental, pero sin que falte el toque humanizador y aun el poético.

Presta un verdadero servicio al conocimiento de Buenos Aires. Es una obra de amor que merece todo el apoyo.

Desde ya, cuénteme como suscriptor y disponga de su afectísimo y seguro servidor."

León Benarós

1822